



La actualidad artística madrileña es ahora la exposición de cuadros de S. A. el Príncipe Constantino de Hohenlohe Langenburg, «temperamento artístico que ha venido a manifestarse con sus adecuados caracteres en tierras de España», según frase de un ilustre crítico. Por ella han de desfilir todos los aficionados al arte, y ella ha de constituir, sin duda, un gran éxito. Sea uno de los cuadros del Príncipe artista el que hoy honre nuestra primera página.

LA BODA DE LA CONDESA DE TORREHERMOSA CON EL VIZCONDE DE SOSTHENES DE LA ROCHEFOUCAULD

Se celebró a mediados de mes la boda de la condesa de Torrehermosa y fué un gran acontecimiento para la sociedad de Madrid. ¿Cómo no recoger en estas páginas algunos pormenores de la solemne ceremonia y de la brillante fiesta que la precedió?

Una y otra se celebraron en el histórico Palacio de la calle del Duque de Rivas, que es mansión suntuosa de los marqueses de Viana, padres de la bellísima novia. Y en una y otra se hicieron patentes el cariño y las simpatías de que disfruta la noble familia española y el respeto y afecto que nuestra aristocracia siente hacia la nobleza francesa de la cual son unos de los más legítimos representantes los duques de Doudeauville, padres del vizconde Sosthènes de La Rochefoucauld, hoy feliz esposo de la que, por su nacimiento, se llama doña Leonor Ramírez de Saavedra y Collado.

Para asistir a la boda vinieron de París numerosas personalidades de esa nobleza de Francia. Y tanto en esos días, como en los subsiguientes, pudieron apreciar cuán grata era su estancia entre nosotros a la sociedad madrileña, que les prodigó sus atenciones más gentiles.

A la fiesta que, dos noches antes de la ceremonia, se celebró en el Palacio de Viana concurrieron los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, que de este modo quisieron testimoniar su afecto y estimación a la familia del Caballerizo y Montero mayor de S. M.

Los Soberanos presidieron la gran comida que fué prólogo de la fiesta.

Sirvióse, con la distinción propia de aquella residencia, en el salón de los tapices de Goya, que reproduce uno de los del Palacio Real de El Pardo.

La mesa hallábase adornada con centros y candelabros de bronce, estilo Imperio, que armonizaba con el decorado de la estancia; un gran centro de porcelana y profusión de bellas flores.

El Soberano que vestía de frac, daba su derecha a la Princesa Jerónimo Radziwill, prima suya, como hija de una Archiduquesa de Austria; marqués de la Torrecilla, Princesa de Ligne, duque de Mouchy, duquesa de San Pedro, conde Emmanuel de La Rochefoucauld, Princesa Eugenio de Ligne, don Luis de Errazu y duquesa de Peñaranda, condesa de Montijo.

A la izquierda de Su Majestad, duquesa de Doudeauville, marqués de Viana, duquesa de Medinaceli, duque de San Pedro, duquesa de Mouchy, Príncipe Eugenio de Ligne, condesa Emmanuel de La Rochefoucauld y duque de la Roca.

La Reina ocupaba la otra presidencia, teniendo a la derecha a S. A. R. el Príncipe de Borbón-Parma, marquesa de Viana, Príncipe Dominico Radziwill, duquesa de San Carlos, Príncipe León Radziwill, marquesa de Villalobar, duque de Tamames, condesa del Puerto y duque de Peñaranda.

A la izquierda de Su Majestad, el duque de Doudeauville, S. A. R. la Princesa de Borbón-Parma, el duque de Medinaceli, la duquesa d'Harcourt, nuestro embajador en Bruselas, marqués de Villalobar; la Princesa León Radziwill, el marqués del Riscal y de la Laguna, la condesa de Torrehermosa y el vizconde de La

Rochefoucauld. Las cabeceras ocupábanlas el joven oficial de Marina, marqués de Coquilla, hijo de los de Viana, y el hermano del novio, conde Armando de La Rochefoucauld.

Terminado el banquete, los Reyes, seguidos por lucida corte, pasaron al salón de baile, donde fueron recibidos a los acordes de la Marcha Real.

A esta parte de la fiesta asistieron también la

con adornos de cristal y diadema de brillantes.

La encantadora novia, figura principal de la fiesta, lucía precioso traje de tisú de oro, y en la garganta, el collar de gruesas perlas, regalo de sus padres. Su hermana, la duquesa de Peñaranda, que estaba muy guapa, llevaba magnífico traje de color malva, luciendo las hermosas perlas de la Casa de Montijo.

La Reina inició el baile, eligiendo por pareja al príncipe Max Egon de Hohenlohe Langenburg.

El Monarca bailó con la duquesa de Peñaranda.

Desde este momento adquirió gran animación el baile, que fué acompañado por la notable orquesta de Boldi.

En la concurrencia figuraron las damas y caballeros más distinguidos de la aristocracia española.

El baile se interrumpió a la una de la madrugada, para servir la espléndida cena, primero a los Reyes y demás augustas personas y luego a todos los demás invitados.

Y cuando, muy satisfechos, S. S. M. M. se retiraron, aún continuaba la gente joven bailando...



La condesa de Torrehermosa y el vizconde de La Rochefoucauld, después de su boda.

Infanta Doña Isabel, la Duquesa de Talavera y el Infante Don Fernando, con otros muchos aristocráticos invitados.

Sus Majestades fueron saludando a su paso a muchas de las personas reunidas.

La Reina estaba bellísima como siempre, luciendo una *toilette* muy original, que realzaba su exquisita elegancia. Sobre el fondo rosa pálido del traje caía una red *diamanté*, de gran novedad. Por joyas, precioso aderezo de aguas marinas, orladas de brillantes y diadema de las mismas piedras.

El Rey, como el Infante Don Fernando, vestía de frac, ostentando la insignia del Toisón de Oro y la banda y placa de Carlos III. Esta misma condecoración llevaba el marqués de Viana.

La Infanta Doña Isabel, de gris, con gran collar, de perlas y otras joyas de brillantes.

De terciopelo color rubí era el vestido de la Duquesa de Talavera, que también ostentaba elejantes joyas.

La marquesa de Viana, que hacía muy amablemente los honores de la casa, auxiliada por sus hijas, vestía elegante traje blanco,

de azahar. Junto a ella, ofrecía contraste el verde uniforme de caballerizo mayor de Palacio del marqués de Viana, que cruzaba su pecho con el gran cordón de la Legión de Honor.

La marquesa de Viana lucía elejante traje de color de rosa; magnífica diadema de brillantes, que perteneció a la duquesa de Bailén, y un rico *pendentif* de esmeraldas y brillantes.

El vizconde Sosthènes de La Rochefoucauld llevaba el uniforme de gala de los aviadores franceses, con las condecoraciones con que fué premiada su bizarría en la guerra.

Los duques de Doudeauville iban detrás. La duquesa vestía elegante traje color topo, adornado de plata, y se coronaba con una alta diadema de soberbios brillantes y rubies.

El duque ostentaba la gran cruz de Luxemburgo, y la insignia, al cuello, de la Orden de Malta.

En la capilla de la casa, en cuyo altar aparecía—bajo un dosel gótico—una gran Virgen, de talla, rodeada de blancas flores, esperaba a los prometidos el obispo de Sión, Patriarca de las Indias, revestido de pontifical y rodeado de los

sacerdotes que habian de auxiliarle, y de varios monaguillos, sobre cuyas blancas vestiduras se destacaban rojas cruces de la Orden de Calatrava. Una orquesta ejecutó, al entrar los novios en la capilla, la marcha de *Tan-nhauser*.

A uno y otro lado del altar, situáronse los testigos.

Eran los de ella, el duque de la Roca, que iba de frac, cruzando su pecho con la banda de la Orden de L'Etoile d'Anjou; el marqués del Riscal, con uniforme de las Ordenes Militares; el marqués de Villalobar, con el de embajador y la gran cruz de Carlos III; el marqués de Coquilla, con el suyo de oficial de la Armada, y el duque de Peñaranda, con el de gentilhombre de Cámara de Su Majestad, con ejercicio y servidumbre.

De los testigos del novio, S. A. R. el Príncipe Sixto de Borbón-Parma vestía el uniforme de capitán de Caballería belga, en cuyo Ejército tanto se distinguió durante la guerra; el duque de Mouchy, el característico uniforme azul claro de los coraceros franceses; el conde Armando de La Rochefoucauld, los Príncipes Domingo y León de Radziwill y el conde Emmanuel de la Rochefoucauld, con los respectivos uniformes de los Cuerpos a que pertenecen.

Bendecida la unión, el Patriarca de las Indias pronunció una breve y sentida plática.

Firmaron los nuevos esposos y sus testigos el acta del Registro civil, y, a los sonos de la marcha militar, de Schubert, volvieron a hacer su aparición en el salón del Pardo, donde les esperaban los invitados.

Después que estos felicitaron efusivamente a la nueva pareja, se fueron extendiendo por los salones, cuyo fondo realizaba mejor el rico atavío de las damas.

Entre las señoras extranjeras llamaban la atención las hermanas del novio, Princesa Sixto de Borbón-Parma y duquesa de Mouchy, ambas muy bellas, que lucían diademas de brillantes, vistiendo la primera—cada vez más simpática a nuestra Sociedad—elegante traje blanco, y ostentando la segunda, sobre un precioso traje color hortensia, un largo collar de perlas. Con varios hilos de perlas se alhajaba la duquesa d'Harcourt; de terciopelo color pensamiento, la princesa Jerónimo de Radziwill; la condesa de Montgomery, con precioso traje color de rosa, y en la frente un joyel de perlas y brillantes que realzaba su hermosura; y muy elegantes, y luciendo asimismo magníficas joyas, la princesa León de Radziwill—que tiene ascendencia española—; la duquesa de Bisaccia y su bella hija; madame Isabel de Ligne (nacida La Rochefoucauld); mademoiselle d'Harcourt, y la bella condesa Emmanuel de La Rochefoucauld.

La bella princesa Eugenio de Ligne—nuestra princesa de Ligne, pudiéramos decir, puesto que aquí reside—, vestía de rosa y llevaba sobre la frente una gran diadema de hojas de brillantes.

De damas españolas, la hermana de la novia, duquesa de Peñaranda, aparecía originalmente bella vestida de blanco, con magníficas perlas. Con varios hilos de perlas también y alta diadema de brillantes,

rematada en grandes perlas aperladas, se adornaba la marquesa del Riscal. Elegante traje blanco, valiosas joyas y alta peineta, formaban el atavío de la marquesa de Tenorio.

de Ligne, que vestía uniforme de Caballería del Ejército belga, duques de Medinaceli, Fernán-Núñez, Montellano, Arco, San Pedro, Plasencia y Tamames; marqueses de la Torrecilla,

Santa Cruz, Aranda, Rubí, Hoyos, Vinent, Bendaña, Tenorio, Arriluce, Pons, San Miguel y Vega Inclán; condes de Elda, Cimeira, Peña-Ramiro, Puerto, Maceda, Salinas, Gavia y Vallfagona; vizcondes de Cuverville y de Fefiñanes; encargado de Negocios de Francia, M. Corbin, Mr. Thomas y señores de Urzáiz y Silva, Errazu, Rodríguez Escalera, Santos Suárez (don Joaquín), Travesedo (don Francisco), Uhagón (don Luis), y algunos más.

Antes de las doce pasaron los concurrentes al comedor, en cuyo fondo se admiraba un antiguo tapiz flamenco, que representa una alegoría de la caza, y que tiene las armas de la Casa Arenberg, flamenca entonces y hoy austriaca, emparentada con la de los Príncipes de Ligne.

Allí se sirvió espléndida cena. Los vizcondes de La Rochefoucauld se trasladaron a Palacio, para cumplimentar a los Reyes, que les hicieron espléndidos regalos.

Luego marcharon a una finca próxima a Madrid, saliendo el día siguiente para París. Allí han permanecido una breve temporada, trasladándose después a Suiza.

Hacemos votos por la eterna felicidad de los ilustres vizcondes de La Rochefoucauld.

OTRA BODA

EN la parroquia de San Ignacio, de San Sebastián, se ha celebrado la boda de la bella señorita Mercedes de Jáuregui y Muñoz, hija de la vizcondesa de Alborada, con el señor don Florencio Gavito, perteneciente a distinguida familia mejicana, que reside desde hace muchos años en París, en cuya sociedad es muy estimada.

Este enlace ha constituido un grato acontecimiento para la sociedad donostiarra, en la que es tan estimada la gentil novia, como lo es toda su ilustre familia. Como es sabido, es hija del difunto marqués de Villa Marcilla, de noble familia navarra, y por su madre, la vizcondesa de Alborada, Grande de España, es nieta de los duques de Riansares y biznieta de la Reina Gobernadora.

Las simpatías que goza la señorita de Villa Marcilla, se han patentizado en la gran cantidad de valiosos regalos que con motivo de su enlace, ha recibido.

El templo de San Ignacio se hallaba adornado con guirnaldas de blancas flores y hermosas plantas. A los acordes de una marcha nupcial hicieron su entrada los novios y sus padrinos, que eran la señora de Gavito, madre del novio, y el duque de Tarancón, tío de la novia, que había llegado de Biarritz.

La novia lucía precioso traje de tisú de plata, con manto de sobrios encajes, y se adornaba con un hermoso hilo de perlas en la garganta, y magníficos solitarios en las orejas.

Sean muy felices.



En el Palacio de los marqueses de Viana. Los nuevos vizcondes de La Rochefoucauld con sus padrinos y testigos.

La duquesa de Medinaceli, de blanco, con su histórico collar de magníficas perlas; la duquesa de Rivas, pudiendo decirse que era la primera vez que asistía a sociedad, después de su matrimonio; la marquesa de Santa Cruz, con un valioso *pendentif* de perlas y brillantes; la condesa de Salinas, con traje de tisú de oro, brochado en azul, y valiosas perlas; la vizcondesa de Fefiñanes, con diadema de brillantes, y la señora de Bruguera, con traje de tisú de plata y soberbias perlas.

También concurren las duquesas de San Carlos, Plasencia y San Pedro; marquesa de Aranda, con traje de tisú de oro y diadema de brillantes; Argüeso, Atarfe, Bendaña, Hoyos, Arriluce y Villalobar, las condesas de Requena, Heredia-Spínola y Puerto, y señora de Thomas.

Entre las jóvenes, amigas de la novia, se hallaban la duquesa de Algeciras, condesa de San Martín de Hoyos, las señoritas de Morenes, Ibarra, Santos Suárez, Martínez de Irujo, Martos, Livita Falcó, Paloma Falcó, vizcondesa de Peña Parda y Ozores.

De caballeros, estaban el Príncipe Eugenio



La bella Sta. de Salas y el Sr. Escriñas, recibiendo la bendición nupcial. (Fts. Marín.)

RECUERDOS HISTÓRICOS

DEFENSIVA EN EL NORTE

II

DEL VALLE DEL ARGAL AL VALLE DE MENA

No estaba ocioso el nuevo General en Jefe del Ejército de operaciones en el Norte. Don Genaro Quesada, después de haber saludado en vibrante proclama a sus soldados, procedió a visitar personalmente las diferentes posiciones que los distintos cuerpos de su mando ocupaban.

El 1.º de Marzo, salió el General en Jefe del Cuartel General de Tafalla, en dirección a Larraga, en donde estaba acantonada la división de la Rivera, a las órdenes del brigadier Jaqueot, y cuya caballería hacía el servicio de convoyes a las fuerzas de Monte Esquinza.

Todo estaba en Larraga en inmejorables condiciones; el fuerte, las tropas y los almacenes de víveres.

No sucedía lo mismo en Monte Esquinza, en donde acampaba todo el 2.º cuerpo, aún al mando, en comisión, de Don Fernando Primo de Rivera, ya nombrado, otra vez, Capitán General de Castilla la Nueva.

Aunque la construcción de los fuertes había comenzado y adelantaba, los elementos, para ello, eran escasos, pues no había más útiles que los pocos que existían en los parques de las 5 compañías de Ingenieros. El acarreo de tierras y de material tenía que hacerse con los medios encontrados en los pueblos cercanos, situados a retaguardia, y como en ocasiones no fuesen suficiente, los propios soldados llevaban la tierra en sus capotes.

Como al llegar las tropas a estas posiciones, en los últimos movimientos de Febrero, a raíz de Lácar, no se pensaba en la defensiva, todo era allí improvisado y deficiente. Las fuerzas, con aspecto sucio, abandonado y abatido, acampaban en un suelo encharcado y bajo malas tiendas de campaña, chozas o barracas; mulos y caballos, ofrecían muy serio peligro de perecer y el agua potable era escasa, pues había que transportarla desde Larraga, distante 10 kilómetros, y mucha de ella se empleaba en la elaboración de pan para las tropas.

«Erán tantas nuestras penalidades, decía el entonces coronel Polavieja, Jefe del regimiento de infantería de la Princesa, que yo me bañaba en nieve, lavándome, no pocas veces del mismo modo. Pidió el General en Jefe un vaso de agua y hubo dificultades para dárselo».

En Oteiza, de ruinoso caserío, sufrían las fuerzas las mismas penalidades que en Monte

Esquinza, y su espíritu estaba tan decaído, obsesionado siempre por las horrendas visiones de Lácar.

De Oteiza marchó Quesada, atravesando el Arga por Larraga, a Artajona, y de allí a las cercanías de Puente la Reina, en donde inspeccionó los reductos, en construcción, de San Guillermo e Infanta Isabel, encontrándolos en mejor estado que los que se hacían en Monte Esquinza, pues los pueblos inmediatos podían proporcionar más recursos.



Paso del general Quesada por la Sierra del Perdón.

En Óbanos, Cuartel General del 1.º cuerpo, al mando interino del mariscal de campo don Melitón Catalán, revistó el General en Jefe las tropas allí acantonadas, dirigiéndose después al anochecer de aquel día a pernoctar a Puente la Reina, en momentos en que la sección montada Krup de artillería, en posición en el cerro llamado de San Gregorio, sobre la carretera de Mendigorria, cruzaba nutrido fuego con las baterías carlistas del frente.



Pelotón de Miqueletes.

Al amanecer del 3, visitó Quesada el Hospital de Puente, que asistido por personas benéficas de la Villa, no podía, dadas las circunstancias, encontrarse en mejores condiciones.

Recorrió todo el recinto de la población, ligeramente defendido y enlazado después con extensas líneas de trincheras, y por la tarde hubo de pasar revista en las inmediaciones de Legarda, a dos batallones acantonados en el pueblo.

Duerme el General en Puente la Reina y en la mañana del 4 emprende la marcha a la Sierra del Perdón, en donde debía de inspeccionar muy importantes posiciones.

Bajo los rigores de un duro temporal, azotados por la ventisca, el granizo y el huracán, cruzan a caballo Quesada, sus ayudantes, Estado Mayor y escolta, el macizo montañoso cubierto de nieve..... Difícilmente y con verdadero riesgo, en ocasiones, se podía marchar y mucho menos el ver las obras allí emprendidas; pero pudo el Comandante en Jefe hacerse cargo de la gran vigilancia y del excelente espíritu de los bravos que defendían estos avanzados puestos.

Llegó Quesada hasta Subiza, en donde se acantonaban 2 batallones y los Forales, y regresó el día 5 a Tafalla por Artajona.

Después de esto va a comenzar en Navarra un largo espacio de tiempo, en que, en ambas líneas,

liberal y facciosa, con motivo de las fortificaciones, la inacción en los movimientos será casi completa. El interés de la guerra se traslada a Guipúzcoa y a Vizcaya y muy principalmente a los confines orientales de Castilla, al valle de Mena (Burgos), con motivo de un nuevo intento de expedición carlista al corazón de España.

Horribles eran los combates en las riberas del bajo Oria, dominadas por los facciosos que, en formidables posiciones, habían construido trincheras y emplazado baterías.

Era el constante afán de los carlistas el impedir a las tropas de Loma que se pudiesen consolidar en la orilla izquierda del Oria, y, desde el 8 de Marzo, no cesaba la pelea que ensangrentaba el valle de Oria a Usurbil, porque los facciosos querían inutilizar, a toda costa, el puente de barcas, tendido por los ingenieros en Orio, en sustitución del de fábrica cortado.

Las brigadas del 3.º cuerpo, Salcedo e Infanzón, estaban siempre en fuego, y los cañones de Don Alfonso XII y Don Carlos VII no cesaban de tronar. El fragor de la lucha estremecía los montes y los estampidos llegaban hasta San Sebastián.

La noche del 13, fué una espantosa noche. Aproximándose

los facciosos, sin disparar un tiro y a favor de un deshecho temporal de agua y viento que, con su estruendo, ahogaba el ruido de los pasos, cayeron como el rayo y a la bayonete, sobre las trincheras avanzadas de la orilla izquierda, defendidas por fuerzas de mil queletes y del 2.º batallón del Rey. Sorprendidas en un principio estas tropas, en un instante se rehacen y en feroz pelea, en que impera el arma blanca y que se prolonga hasta las tres de la madrugada, logran al fin rechazar la arrogante abalancha de los guipuzcoanos, que consiguen, sin embargo, destrozarse el puente de barcas...

Vuelven a tronar los cañones el 15 y continúan en los días sucesivos. No se desaniman, de ningún modo, los heroicos soldados de Loma y sus bizarros ingenieros, siempre bajo el fuego del enemigo, consiguen, no solo tender otra vez el puente roto, sino también restablecer el paso en el inmediato de fábrica.

Cuando tales sucesos ocurrían en el Oria, las fronteras de Castilla, en sus límites con Vizcaya, veíanse también en peligro por la audacia de los facciosos que parecían querer llevar las operaciones fuera de sus montañas y a la derecha del Ebro. De Valmaseda a las Encartaciones se concentraban numerosas fuerzas carlistas. Con tal motivo, en comunicación Loma con el Ministro de la Guerra, hubo de exponerle Jovellar, la necesidad de que acudiesen con batallones al valle de Mena (Burgos), para allí tomar el mando en jefe de la totalidad de las tropas, que irían también de Navarra y que unidas a la división Villegas, que ocupaba el valle, debían hacer frente a la expedición facciosa. Como el refuerzo con que debía acudir el Comandante del 3.º cuerpo a las nuevas operaciones llevase consigo el quedar la línea del Oria sin la suficiente guarnición, hubo así de exponerle Loma al Ministro, añadiéndole que quizás fuese preciso el abandono de la referida línea al enemigo. En vista de esto, Loma hubo de marchar a Mena el 26, pero con un sólo batallón, los cazadores de Estella, después de entregar el mando al jefe de la 2.ª división don Ramón Blanco. También en Vizcaya, en las inmediaciones de la capital, se pelea. Como los carlistas se dispusiesen a fortificar el macizo llamado Pequeños Serantes, enlazando estas defensas con otras ya construidas hacia San Pedro Abanto, el general Salamanca, considerando en peligro el Abra de Bilbao, Portugalete y Santurce, ordenó que una columna compuesta de fuerzas de Saboya, Albuera, Galicia y Forales, francas del servicio de los fuertes y de la plaza, se apoderase del monte, desde el cual, amenazaba al enemigo.

En efecto, en la madrugada del 12 de Marzo lograron las tropas el objeto deseado, procediendo, desde luego, a la construcción de un blockhaus de madera, capaz para 40 hombres y 3 cañones. Todo el día se desliza sin más incidentes pero, al amanecer del 13 y al hacer las fuerzas la descubierta, son hostilizadas por los facciosos en un principio débilmente y después presentando grandes masas.

Toda la línea liberal es atacada por Ciérvena, Nocedal y San Salvador del Valle.

Repléganse las guerrillas, reforzadas en su retirada por una compañía y se encierra en el blockhaus, ya medio construido. Dos compañías de Albuera, con el coronel del regimiento a la

cabeza, toman posición a la derecha, por el lado del mar. Cuatro compañías de Saboya y 2 de Albuera, mandadas por el coronel de Saboya, ocupan el centro al lado de los blockhaus, y 3 compañías de Saboya se sitúan a la izquierda en las alturas que dominan el valle de Nocedal. A retaguardia y en reserva quedan 3 compañías de Galicia 2 de Forales.

Los carlistas, siempre gallardos, arrogantes siempre, cargan con la bravura en ellos proverbial, queriendo envolver la izquierda de Salamanca. Pero 2 compañías de Albuera acuden en auxilio del puesto en peligro y cargan, a su vez, unidas a las de Saboya.

Un fuego nutrido y certero que parte del resto de la línea y de los fuertes de San Roque y Campazas contiene al enemigo, diezma sus filas y le hacen emprender la retirada.



Dos amigos...

Con este hecho de armas termina el mando en el Norte el general Salamanca, que pasa al Ejército del Centro.

Desde que los movimientos facciosos hacia el valle de Mena y las noticias que desde París

NUESTROS LIRICOS

DESILUSION

El alma está consagrada
a ese eterno padecer,
a ese amargo anochecer
de un alma desengañada...
Alma desesperanzada
no sueñes con lo que ha sido;
calla, que tu bien es ido.

Cesa en tu nota llorosa,
cesa en tu triste cantar;
porque siempre tú has de hal'ar
la cruz y la espina en la rosa...
esa, ilusión ardorosa,
no sueñes con lo que ha sido;
calla, que tu bien es ido.

¡Oh sueño del alma mial...
Si eres sólo vano sueño,
¿porqué sentí el loco empeño
de amar tu esplendor de un día?
Calla, calla mente mía,
no sueñes con lo que ha sido;
calla, que tu bien es ido.

Esperanza que soñada
fuiсте gloria de mi ayer,
¿porqué quisiste nacer,
para morir traicionada?
Tristemente atormentada,
no sueñes con lo que ha sido;
calla, que tu bien es ido.

Mas si tú me has de engañar,
¿acrecentar m. sufrir,
¿para qué quiero vivir?
¿Y porqué deseo esperar?...

Alma, ¿qué duro penar!
¿No sueñes con lo que ha sido!..
¿Calla, que tu bien es ido!...

AURELIO de MENDIZABAL y G. de la MORA

transmitía el Embajador, afirmaban, cada vez más, la proximidad de una expedición carlista al centro de España, la actividad no podía ser mayor en el Cuartel General de Tafalla, en las riberas del Arga y del Ega, del Ebro y del Losa, en las líneas férreas de Santander a Burgos y Miranda, de Miranda a Castejón y Tudela, y después en las vías marítimas de San Sebastián y Bilbao a Santander.

La influencia naval a favor de las tropas de Don Alfonso XII continuaba manifiesta, como lo fué en los días de la República y del Poder Serrano. Sin la intensa labor de la Marina de Guerra y de la Mercante, las tropas de la libertad no hubieran podido verificar estos movimientos y los que habían traído consigo los éxitos en las líneas del Somorrostro y de Irún.

Transmitidas rápidamente las órdenes del Ministro de la Guerra y del General en Jefe, al mismo tiempo que de Burgos partía artillería montada para Mena, que 2 batallones de la división de Vizcaya embarcaban en Bilbao con rumbo a Santander, y para este puerto también Loma, con los cazadores de Estella desde San Sebastián, la brigada Prendergast del 1.º cuerpo, compuesta para la expedición de los batallones, cazadores de Alcolea, reserva 13 y 23 y provincial de Badajoz, regimientos de la Constitución y de Guadalajara, un escuadrón de Lusitania y la 6.ª batería del 3.º de montaña, marchaban de sus cantones a Lerín para después en Lodosa y Logroño tomar los trenes que habían de conducirla a Miranca.

Como también se tuviesen noticias de que fuerzas carlistas navarras al mando de Pérula, trataban de pasar de Navarra al Alto Aragón en auxilio de Dorregaray, el brigadier Aecllana, del 2.º cuerpo, hubo de situarse entre Peralta y Marcilla, con el regimiento de infantería de la Reina, los batallones 2.º de Cantabria, y 12 y 25 de la reserva un escuadrón de Lusitania y una sección de artillería, la 1.ª de la 6.ª batería del 2.º de montaña.

Loma, desembarca con los cazadores de Estella el 28 en Santander y el día 1.º de Abril toma en Villacaryo, el mando de todas las fuerzas.

Se avanzó hacia el enemigo que se encontraba entre Orduña y Valmaseda, y 18 batallones con 6 baterías montadas y de montaña y 5 escuadrones, se sitúan en ángulo en las proximidades de Vizcaya, teniendo la izquierda en Espinosa de los Monteros, al mando del mariscal de campo Villegas, su centro en Gayangos, a las órdenes del Comandante en Jefe y su derecha en Castrovarto al mando del brigadier Prendergast.

Pasaron días y meses y la expedición facciosa compuesta de numerosos batallones castellanos, navarros y vizcainos, al mando del brigadier Mogrovejo, Comandante General de Castilla por don Carlos, no se movía. Limitábanse los carlistas a construir trincheras y a sostener combates más o menos obstinados y sangrientes. «Y el proyecto de expedición a Castilla, dice don Francisco Hernando, en que se fundaban tantas esperanzas, no se llevó a cabo. Unas veces por falta de elementos, otras por falta de ocasión, Mogrovejo no halló el momento oportuno de pasar el Ebro, y desde que en la acción de Urnieta cayó gloriosamente herido, prefirió estar agregado al Cuartel Real a mandar tropas o dirigir operaciones.»

LORENZO RODRIGUEZ DE CODES

EXPOSICIÓN DE CUADROS DE UN PRÍNCIPE PINTOR EL ARTE DEL PRINCIPE CONSTANTINO DE HOHENLOHE



Su Alteza es un gran dibujante que ha sabido sorprender un momento álgido de nuestra fiesta nacional, tan brillante y tan trágica al mismo tiempo.

En la galería del piso principal del suntuoso Palacio que es residencia en Madrid de los Príncipes Max de Hohenlohe Langenburg y de los duques de Parcent, conversamos animadamente con el Príncipe Constantino, hermano de aquéllos.

Hemos sabido el propósito de Su Alteza de hacer una primera Exposición de sus cuadros y nos hemos enterado de cómo la Sociedad Española de Amigos del Arte, atenta siempre a colaborar en cuantas obras de difusión de cultura artística se presentan, se apresuró, apenas supo el pensamiento del Príncipe, a poner a su disposición los salones de su excelente local del Palacio de Bibliotecas y Museos. Porque el Príncipe Constantino de Hohenlohe Langenburg es un gran pintor que hasta ahora no ha sido conocido en España, mereciendo no sólo el contacto con nuestro público sino la fervorosa admiración que nace cuando se establece una comunicación de sentimientos,



El arte del Príncipe Constantino se evidencia en este óleo de argumento taurino y del todo castellano.

sincera y directa, entre el artista, su obra y el que honradamente la contempla.

Porque esa es la principal cualidad del arte de este egregio pintor: la sinceridad. Pintor de extraordinario temperamento, refleja lo que ve, interpretándolo de un modo personal; hombre de enorme fantasía, deja volar en otras obras su imaginación, haciendo creaciones bellísimas.

Nosotros creemos firmemente en el éxito de la Exposición, que podrán visitar los aficionados a cuestiones artísticas a partir del día 3 de Febrero. El nombre del Príncipe Constantino, prestigioso ya en el extranjero, ha de adquirir aquí justísima fama; y el gran pintor podrá tener la satisfacción de ver premiado su mérito con lo que es más halagador para un artista: el aplauso público. Y nosotros tenemos la pretensión de ser

buenos profetas. Es Su Alteza un hombre muy joven: alto, rubio, de ojos claros y expresivos. Su porte, muy distinguido, su sonrisa, franca y constante y la llaneza con que se expresa al hablar, inspiran desde el primer momento confianza.

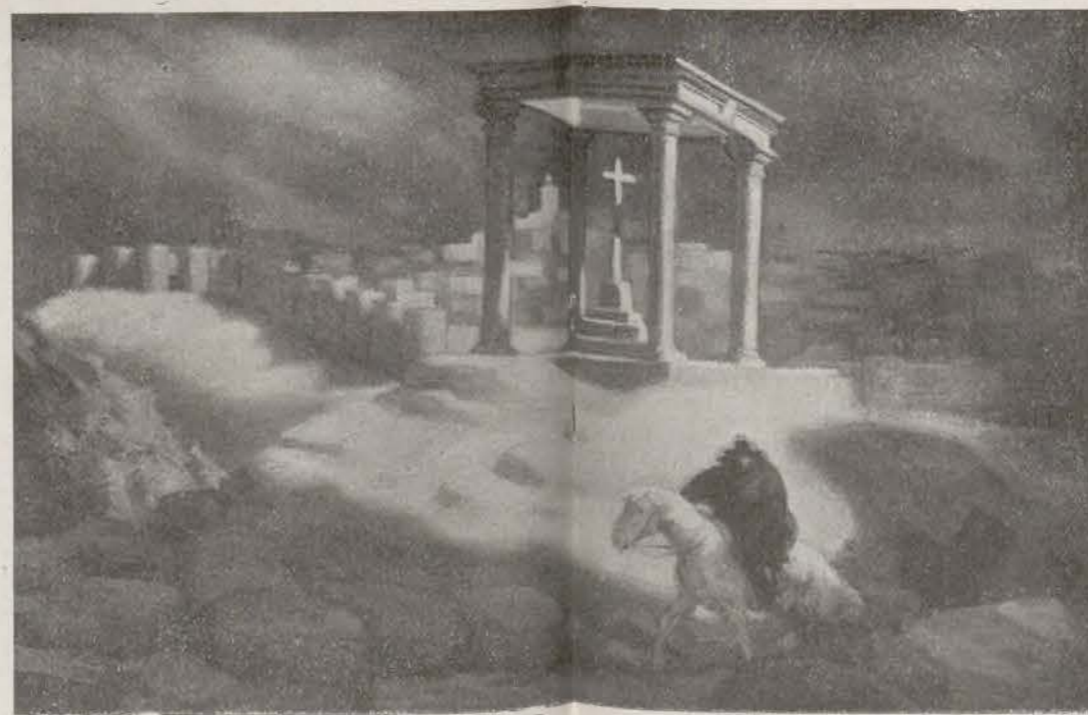
Al cabo de unos minutos de conversación se establece con él una corriente de mútua amistad; tal es la simpática condición de este Príncipe artista.

Ante todo nos enseña las obras que han de figurar en la Exposición: son dibujos, acuarelas y óleos; casi todas óleos. Ante todo se observa que Su Alteza es un prodigioso dibujante; en los cuadros que reproducen suertes del toreo hay un movimiento y una gracia que no desmerecen ni mucho menos de los famosos dibujos con que Marin ha alcanzado en Inglaterra y en España su celebridad. Como colorista no es el Príncipe menos maestro. En conjunto la producción produce un gran efecto. Impresiona. Nos hallamos ante una pintura recia y definida, que ha de ser objeto de apasionados elogios y comentarios.

En esas visiones de Castilla, y especialmente de Avila, el Príncipe tiene extraordinarios aciertos de



Estudios de caballos castellanos.



«Los cuatro postes» de Avila, con la vieja ciudad al fondo; uno de los más admirables cuadros del Príncipe de Hohenlohe Langenburg.

composición y de desarrollo. Y en las trágicas escenas de nuestra fiesta nacional halla motivos de inspiración para hacer más patente aún el contraste entre la austeridad de nuestras viejas ciudades y la brillantez—mezcla de oro y de sangre—de las corridas de toros.

Quando, en el curso de nuestra conversación, Su Alteza nos ha hablado con muestras de admiración del arte de Zuloaga, hemos pensado en que, en efecto, la pintura del Príncipe puede acaso ser considerada como una continuación de la de aquél. No queremos decir que se parezca. El Príncipe Constantino tiene un arte muy personal, para que pueda estar influido por una u otra tendencia. Pero en la visión de conjunto que Su Alteza nos ofrece de España hay algo indefinible que nos prueba la identificación de su temperamento con el del gran artista español.

A nuestras preguntas, llenas de curiosidad, acerca de sus primeros pasos en el arte que hoy le proporciona tales elementos de triunfo, el Príncipe eludió al principio modestamente, y ante nuestra insistencia, dijo:

Mis primeros estudios los hice en Viena y en Berlín. He concurrido a las Academias de estos dos capitales. Pero si he de decirle la verdad, el estudio en privado, con profesores particulares, es lo que más me enseñó. Desde muy niño tuve vocación por la pintura; sentía el deseo irresistible de dibujar. He trabajado luego con mucha voluntad, con mucho entusiasmo.

—¿Siempre en Austria o en Alemania?

—No. Yo resido principalmente en Viena. Allí tengo mi estudio; pero he viajado mucho para perfeccionar y ampliar los horizontes de mi arte. Y en París paso largas temporadas.

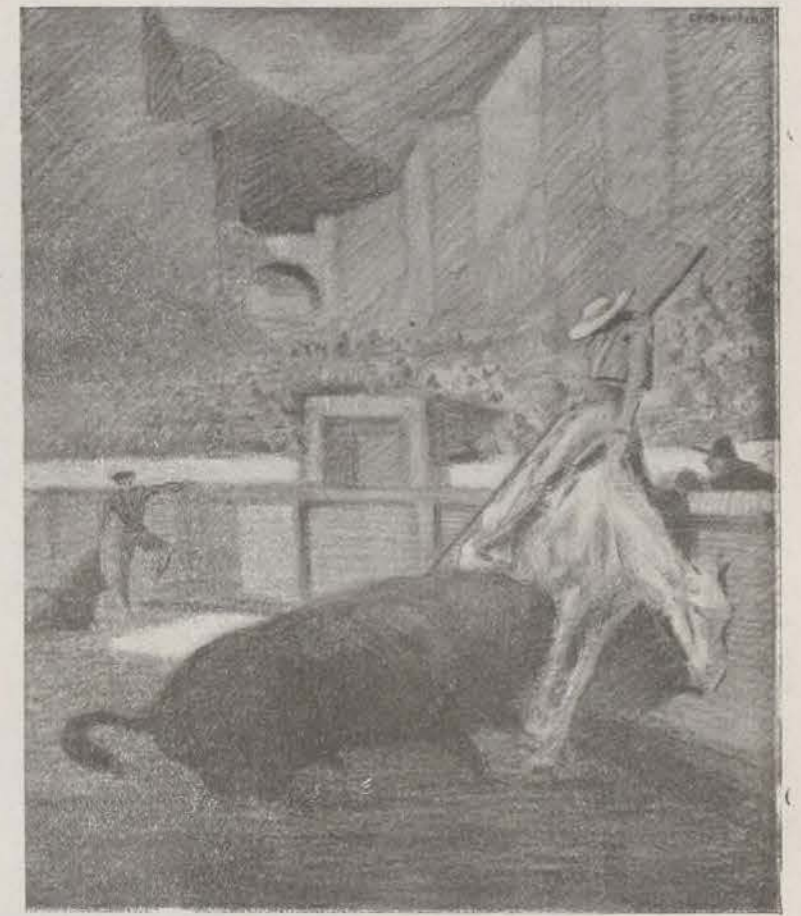
—¿Y estos cuadros?—dijimos, señalando a los que ante nuestros ojos se hallaban.

—Esto es lo que he pintado durante mi estancia en España, desde hace año y medio. Estuve primero en Andalucía, saturándome de su ambiente y cegándome con su luz, y luego he recorrido Castilla. Todo el verano último le pasé en Avila, en donde he experimentado sensaciones artísticas inolvidables.

—¿Le gusta España?

Ante esta pregunta el Príncipe Constantino se desborda en frases de entusiasmo hacia nuestro país, por el que siente una simpatía que más bien pudiera llamarse afecto. El Príncipe se expresa en un castellano bastante correcto y muy efusivo. Habla con vehemencia de los tesoros de arte que en España se conservan, de sus costumbres, de sus tipos, de sus tradiciones. Y cuando surge el tema de la pintura contemporánea, no encuentra Su Alteza el menor inconveniente para manifestar su convencimiento de que, en la actualidad, es en España donde se hallan los mejores pintores.

«No tiene nada de particular—agrega—. En Austria y Alemania, por ejemplo, la difícil situación porque atraviesan estos países hace que la gente tenga



La suerte de picar ha impresionado la retina del augusto artista, que la reproduce siempre con emoción y acierto.



Apuntes, al lápiz, del campo abulense.

muchas preocupaciones, tienen que atender a las necesidades de la vida diaria y apenas si hay quien se pueda dedicar al sosegado cultivo del arte. Y en otros países no hay ahora tampoco artistas que puedan compararse, por ejemplo, con un Zuloaga.

—La Exposición de ahora ¿será de obras que comprendan las diversas modalidades de su arte?

—No. No me he atrevido a exponer todo lo que tengo terminado. Sería involucrar las cosas. Más adelante me propongo organizar una segunda Exposición, que será únicamente de retratos. Yo creo que mi verdadera especialidad es la de retratista; pero quiero ver antes el efecto que producen estos otros cuadros.

—¿Piensa permanecer aún mucho entre nosotros?

—No lo sé a punto fijo.

El Príncipe Constantino ha sonreído. Nosotros hemos querido adivinar algo en su sonrisa. Acaso piensa en Viena—en su estudio o en su hogar—y en los ojos de una futura Princesa; o quizás su pensamiento se haya trasladado a París...

No hay que olvidar que el Príncipe Constantino de Langenburg es ante todo un artista, un gran artista, y que, como todos los que verdaderamente lo son, ha de tener el espíritu, lo mismo que la imaginación, en inquietud constante.

Nos hemos puesto de pie. Pero aún nos llama la atención otro lienzo, en el que hasta entonces no habíamos reparado; es una reproducción, claro está que fantástica, del sublime drama del Calvario. Y en los abigarrados grupos que rodean las tres famosas cruces, donde Cristo y los dos ladrones agonizan, hay una emoción y una sensación de vida tal que no parece sino que así debió ser el trágico instante de la muerte de Jesús.

Como el elogio ha brotado de nuestros labios ya muchas veces, no podemos sino reforzar con un firme estrechamiento de manos la admiración produ-

cida por la obra. Desde la galería en donde nos hallamos se divisan las siluetas elegantes de dos jóvenes damas. En

rito extraordinario del artista se tendrá que unir la belleza singular de la dama. Y no hay que olvidar que el Príncipe pintor ha empezado por confesar que su especialidad son los retratos.

JUAN DE AVILÉS.

Como complemento de las anteriores líneas acogemos los siguientes trozos de un bello artículo del prestigioso crítico de arte don Angel Vegue y Goldoni:

«Nacido austriaco en 1893 y ahora de nacionalidad checoeslovaca, ha cumplido el Príncipe Constantino los treinta

años; no por ilusiones juveniles, disculpables, ni por afanes exhibicionistas, sino en virtud de una vocación, de día en día más arraigada, se ha consagrado al arte de la pintura, que por ser ejercicio espiritual es noble de suyo, realzando los eminentes timbres de un apellido principal en la Historia.

Además, por lo que significa en cuanto al valor educativo, encuentro plausible que persona de tan elevada condición social no se desdore en romper el secreto de sus aficiones y se atreva a exhibir las muestras de su talento. No se necesitan argumentos para encarecer la ejemplaridad que de semejante actitud se desprenda».

«Una vez más se verifica el fenómeno de que un artista extranjero, pintando entre nosotros, dota a su estilo de brío y de recia contextura. ¿Por qué la analogía ideológica con Alenza, en la *Muerte del espada*? ¿Por qué la entonación caliente, castiza? El Príncipe Constantino de Hohenlohe, más que conocedor de pintura antigua española, es un curioso intérprete de

hombres y lugares pintorescos. Mejor que muchos artistas nacionales, se preocupa de lo característico, de lo que hiere sus ojos de viajero por diferenciación. España, país de aventura, lo es grandemente para él, y para su arte, una experiencia tonificadora y saludable».



«El encierro», en la Plaza de Toros de Avila.

el porte de una de ellas pronto se adivina a la bella Princesa Max de Hohenlohe Largenburg, hermana política del Príncipe pintor. Pasan la Princesa y su



«El drama del Calvario», obra en la que muestra otro aspecto de su arte el Príncipe Constantino.

ilustre acompañante...

Y cuando, momentos después, nos hallamos de nuevo en la calle Ancha de San Bernardo, pensamos, sin poderlo remediar, en la obra de arte que sería seguramente—quizás ya lo sea,—un retrato de la Princesa Piedad, pintado por el Príncipe Constantino. Porque al mé-

LA VIDA MADRILEÑA

Nueva Camarera Mayor de S. M. la Reina Doña Cristina.

INMEJORABLE efecto ha producido en la sociedad madrileña la elección hecha por S. M. la Reina Doña Cristina para el cargo de su Camarera Mayor, vacante por la renuncia, a causa de su estado de salud, de la duquesa de la Conquista.

El nombramiento recae en la condesa de Heredia Spínola y bien sabidos son los afectos y simpatías de que goza esta ilustre dama, tan virtuosa como caritativa.

Muy conocida es la condesa de Heredia Spínola para que sea necesario hacer resaltar sus cualidades. En todas las empresas de caridad y de cultura que la sociedad madrileña acomete, su nombre es siempre uno de los primeros. En la Junta de la Cruz Roja y entre las damas organizadoras de la campaña contra la tuberculosis, ella ha sido una de las que con más entusiasmo, generosidad y acierto, secundaron las iniciativas y trabajos de la Reina Doña Victoria.

En su palacio de la calle del marqués del Duero, en la posesión de El Plantío y en su casa de Bilbao, se han celebrado brillantes fiestas, muchas de las cuales fueron honradas con la asistencia de la Regia familia.

Doña María del Carmen Zabálburu y Mazarredo pertenece a distinguida familia bilbaína, por su padre, y valenciana, por su madre; el hermano de ésta lleva entre otros títulos el de marqués de Villora. Está casada con don Alfonso Martos y Arizcun, conde de Heredia-Spínola y de Tilly y marqués de Iturbietta y de Casa-Tilly.

Desde 1908 es dama de honor de S. M. la Reina, y ostenta la banda de la Orden de María Luisa.

De este matrimonio han nacido ocho hijos. Los cuatro mayores concurren ya a sociedad y son muy estimados en ella.

El título de Heredia-Spínola recuerda las luchas que precedieron a la Restauración; la guerra de *guante blanco* contra Don Amadeo de Saboya, los bailes en que era indispensable a los caballeros llevar en el ojal una flor que los señalaba como *Alfonosinos*; los tresillos que en su hotel de la calle de Fernando el Santo tenía la anterior condesa de Heredia-Spínola, y de donde se dice que salió el general Martínez Campos para proclamar en Sagunto como Rey de España a Don Alfonso XII. Recuerdos de lealtad y de entusiasmo que van unidos al título principal de la nueva Camarera.

A las muchas enhorabuenas que la condesa de Heredia-Spínola ha recibido con motivo de su nombramiento, unimos la nuestra, muy sincera y cariñosa.

En casa de los señores de Fernández de Alcalde.

En la elegante residencia que ocupan en la Avenida del Conde de Peñalver el doctor Fernández de Alcalde y su bella esposa se ha celebrado una brillante fiesta con motivo de festejar el día de su santo el dueño de la casa.

En los salones de la hospitalaria mansión se reunió una numerosa y distinguida concurrencia, entre la que figuraban muchas personas conocidas de nuestra sociedad; entre ellas, la señora de Mengotti, esposa del ministro de Suiza; la marquesa de Figueroa, condesa de Santa Lucía de Cochán, señoras y señoritas de Manzano, Somarriba, Flower, Botan, Zumalacárregui, Gómez Núñez, Dos Santos, esposa del secretario de la Legación de Portugal, que es una dama muy guapa y elegante; García de la Lama, Márquez de la Plata, Carvajal, Raventós, Ross, Calleja, Ramírez, Oyarzábal, Fernández Chacón, Carabía, Vilanova, Arráiz de Conderena, Ramírez Poblaciones, Sanguino Benítez, Gómez de Baquero, Badel, Jara, Fernández Ibáñez, Piquer, la notable escritora señorita Insúa; Heberlein, esposa del secretario de la Embajada alemana, Araoz, y otras.

También se hallaban los ex ministros marqués de Pilares, Francos Rodríguez y marqués de Figueroa; los ministros de Cuba y Portugal, señores

de García Kohly y Melo Barreto; el conde de Santa Lucía de Cochán, generales Arráiz y Gómez Núñez, duque de Tovar, señores Dos Santos, Carballo y Carvajal, secretario el primero de la Legación de Portugal, cónsul y vicecónsul de dicha República los segundos; doctor Recasens, monseñor Guernoni, señores Pledró, Ross, Heberlein, Fresno, Aguilar (don Fernando) y otros.

Honró con su presencia la fiesta el Patriarca de las Indias, señor Alcolea.

En el gran comedor de la casa se sirvió una magnífica merienda, después de la cual se organizó un agradable concierto, en el que la señora Heberlein, la señorita María Teresa Gómez Núñez y el comandante señor Gómez de Baquero, interpretaron con gran acierto escogidos frozos musicales, mostrándose como verdaderos maestros del «bel canto»; todos ellos fueron muy aplaudidos y como final de la simpática fiesta se permitió a la juventud dar unas vueltas de baile,



La condesa de Heredia Spínola, nueva Camarera Mayor de S. M. la Reina Doña María Cristina.

resultando éste muy animado y divertido.

Su Santidad el Papa Pío XI, queriendo dar una prueba de su afecto al señor Fernández de Alcalde, su camarero secreto de capa y espada, le ha enviado un precioso retrato de fina policromía, con un cariñoso autógrato.

En resumen, una fiesta muy agradable, que puso de relieve las simpatías que el señor Fernández de Alcalde tiene entre la sociedad madrileña, y en la que dicho señor y su bella esposa, ayudados por la señora y señorita de Gómez de Baquero, hicieron los honores de su casa con la amabilidad en ellos habitual.

Marcha de Sir Esme y Lady Howard

Sentidísima ha sido por la sociedad madrileña la marcha del que hasta ahora ha sido Embajador de la Gran Bretaña en Madrid y de Lady Howard. El día 29 salieron para París y Londres, desde donde se trasladarán a los Estados Unidos, siendo objeto de una cariñosísima despedida en la que tomaron parte muchas personas de las colonias inglesa y norteamericana, de la sociedad madrileña y del cuerpo diplomático extranjero.

Durante los últimos días habían sido obsequiados Sir Esme y Lady Isabella Howard con comidas de despedida. El ministro de Suecia y madame Wollmar Boström, el ministro del Brasil y la señora de Lima e Silva, el ministro de los Países Bajos señor Melvill, el ministro del Japón conde Kinjiro Hirotsawa y últimamente el Embajador de Italia marqués Paulucci di Calboli dieron elegantes banquetes en honor del ilustre matrimonio.

También varias personas de la sociedad de

Madrid,—entre otras los señores de Bauer y los de Aznar,—organizaron almuerzos en su obsequio.

Por la premura del tiempo no pudieron aceptar los Embajadores otras invitaciones que les habían sido hechas por los Príncipes de Hohenzollern, los duques de Montellano y otras nobles familias.

Las colonias inglesa y norteamericana dieron también un banquete a Sir Esme y Lady Howard.

Todas estas muestras de afecto no han sido sino demostraciones del sentimiento que en Madrid ha producido su marcha.

Comidas diplomáticas.

En la Embajada de Bélgica se ha celebrado un almuerzo, con el que los barones Borchgrave obsequiaron a varios de sus amigos.

Con el Embajador, la baronesa Bochgrave y su bella hija, se sentaron a la mesa la duquesa y el duque de Plasencia, condesa y conde de Mora, conde y condesa Emmanuel de La Rochefoucauld, duques de Fernán-Núñez, Arco y Caffarelli y el secretario de la Legación y la princesa de Ligne.

El ministro de Suiza y madame Mengotti han obsequiado también con una comida a algunas de sus amistades.

Entre los comensales figuraban el presidente del Directorio, Embajador de Inglaterra y Lady Isabella Howard; subsecretario de Estado, señor Espinosa de los Monteros; duquesa de la Victoria, ministros de Checoslovaquia y Suecia, señoras de Núñez de Prado y viuda de Bauer, primer introductor de embajadores, conde de Velle; señorita de Bertrán de Lis, encargado de Negocios de Polonia y señora Jalenska, señorita Anita Schneider, señorita Matilde Mengotti, don Adolfo Mengotti, hijos del ministro de Suiza y el secretario de la Legación señor Broje.

Y en la Embajada de Alemania se celebró otra comida con la que los barones Langwerth von Simmern obsequiaron a distinguidas personas del Cuerpo diplomático y sociedad de Madrid.

Los comensales fueron: la duquesa de San Carlos, presidente del Directorio, jefe superior de Palacio, marqués de la Torre; ministro de Suecia y señora de Wollmar Boström, ministro del Brasil y señora de Lima e Silva, ministro de China y señora de Liou, dama particular de S. M. la Reina, señorita de Loygorri; subsecretario de Estado, señor Espinosa de los Monteros; consejero de la Embajada de Alemania y su esposa, secretario de la misma y la Princesa de Erbach, y don Emilio M. de Torres.

Reuniones elegantes.

En la elegante casa de los señores de Pelizaeus (don Guillermo), en la calle de Almagro, se celebró la otra tarde una agradable reunión, concurrendo a tomar el té muchas distinguidas personas de la sociedad.

Las muchachas tomaron posesión del salón de baile, y estuvieron bailando toda la tarde.

Los señores de Pelizaeus obsequiaron a sus amigos con una espléndida merienda, auxiliándoles sus hijos en la tarea de hacer los honores.

También ha habido un elegante té en la Legación de China, a la que concurren los amigos del ministro de dicho país y de Mme. Liou Chung Cheh.

Esta vestía un precioso traje chino, color azul, de líneas finas y elegantes, que ninguna dama europea desdeñaría, ni mucho menos; tal era la gracia y la delicadeza del vestido.

También llamaba la atención Mme. Wakabayashi, esposa del secretario del Japón, que tanto en su característico peinado como en su traje, mostraba todo el encanto del atavío de las damas elegantes de su país.

Entre las personas del mundo diplomático extranjero y de la sociedad madrileña que concurren a la reunión, figuraba el consejero de la Embajada inglesa, Mr. Gurney, que, después de larga ausencia, acababa de regresar a Madrid.

La tarde del lunes 21 se vio muy concurrida la casa de los señores de Bauer.

Se organizaron las acostumbradas partidas de *bridge*, y los no jugadores formaron agradables tertulias.

EN EL PALACIO DE LA NUNCIATURA (LOS RETRATOS DE LOS ÚLTIMOS PAPAS)

FUÉ en una luminosa y fragante mañana del pasado Junio, pocos días antes de emprender mi veraneo, cuando después de haber atravesado en la Nunciatura varias antecámaras, silenciosas y encalmadas, a media luz, apercebidas para rezar o meditar, mi ilustre y noble amigo Monseñor Federico Tedeschini me mostró, en el Salón del Trono, los retratos del actual Pontífice Pío XI, y los de sus gloriosos predecesores, León XIII, Pío X y Benedicto XV... ¡Qué clarísima historia, la de todos ellos, sucesores en la augusta Cátedra Vaticana del Apóstol Pedro, el pescador de hombres, que nunca muere, siempre antiguo y siempre nuevo, como de la hermosura increada dijo San Agustín! Ayer se llamó Simón Pedro, *Cefás*, el Vicario de Cristo entre los hijos de los hombres. Y se llamó después de Pedro, Lino, Cleto, Clemente, Evaristo, el bethleemita, Alejandro, Sixto, Telesforo, Pío, Víctor, Calixto, Félix, Cayo, el dálmata, Marcelo, —a quién Chateaubriand consagró muy bellas páginas en *Les Martyres*,— Silvestre, el español Dámaso; casi todos ellos confesores de la fe, y Santos. Y luego se llamó León el Magno, y el sardo Hilario, y Gelasio, y Hormisdas, y Bonifacio, y Silverio, y Gregorio el Grande. Y vienen en pos de estos, los Papas de la Edad Media, esa Edad enorme y delicada, como la ha llamado Paul Verlaine; León III, quien coronó en Roma, por la mano de Dios, grande y pacífico, en la Noche Buena del año 800, a Carlo Magno; y León IX, y Gregorio VII, el gran Hildebrando; y Urbano II, el Papa del Concilio de Clermont, y Pascual II, el Papa de la lucha por las investiduras, y Eugenio III, y Alejandro III, é Inocencio III, quien llena—dirá Hurter—con su nombre y su gloria todo el portentoso siglo XIII, cumbre de los siglos medios; y Gregorio IX, el santo amigo de Clara de Asís, y Gregorio X, y Nicolás III, y Celestino V, Pío Morone. Y los Papas del Renacimiento, evocados por Ludovico Pastor, en una obra ya célebre; y los Papas de la Reforma, historiados por el alemán Ramke. Más tarde, Inocencio XIII, Benedicto XIII, Benedicto XIV, prudentísimo y sapientísimo; y Clemente XIII, y Pío VI, y Pío VII, el prisionero en Fontainebleau, templo de mártir, y León XII, y Pío IX, el Pontífice de la *Infabilidad* y de la *Inmaculada*, a quien no puedo recordar nunca sin verle aureolado por alguno de los célicos resplandores que nimbaban las dulces Vírgenes de Murillo, o las *Madonnas* de Rafael de Urbino y de Guido de Reni. Y en los días en que muchos de nosotros hemos venido al mundo, Joaquín Vicente Pecci, León XIII,

ese guardián vigilantísimo de la integridad de la fe, de la pureza de las costumbres, de los derechos de las almas y de los pueblos; y atento, a la continua, a las palabras del Rey Profeta, en el salmo CXXVI; *Si Dios no guarda la Ciudad, en vano vigilan los que la custodian...*

¡León XIII...! ¡Cómo me conmovió ver su retrato, en el Salón del Trono de la Nunciatura!

fin de Asís. ¡Y qué decir de esotras seis Encíclicas, dulcísimas y fragantísimas, que trascienden a *Huerto cerrado*, a abadía victorina, a Hernano Contracto, o a los cantos y a las saluciones de las seis damas, en el libro *Natalis Parvulis Pueri Jesu*, de Raimundo Lull; las Encíclicas del Rosario! Recordando ahora las Encíclicas de León XIII, vienen a mi memoria,

por no sé qué íntima asociación de ideas, aquellas palabras de Lacordaire, en el capítulo II de la *Mémoire pour le rétablissement en France de l'Ordre des Frères Prêcheurs*, palabras que me complazco en aplicar a León XIII; *¿qué llaga del alma o del cuerpo no ha sentido su mano compasiva?*

Abrumadora, sí, inmensamente abrumadora, pensaba yo, cuando el Señor Nuncio me mostraba el retrato ese, la herencia moral del Papa León XIII, para aquellos obligados a recogerla, cual sucesores suyos en el poder divino de las llaves. La herencia de ese preclaro restaurador de las disciplinas escolásticas, según la mente de Santo Tomás de Aquino; la de ese político, la de ese diplomático, que resolvió en paz muchos conflictos, como el de las islas Carolinas, en el año 1885, y aún más que Julio César, *Monstruum activitatis*; la de ese buen Pastor, que está con espiritual presencia en todas partes, que hace oír su voz en los confines más remotos del planeta, como la resonante voz de los Apóstoles, allí donde la naturaleza siente ya el horror al vacío, y concluyen los límites del mar, y las olas no saben su camino; que reconcilia a la Santa Sede con Alemania, después de los nefastos días bismarckianos, del *Kulturkampf*; que se aproxima a Rusia, y a Suiza y a Inglaterra;



BARCAROLA

«LA ROSA»

«Después de mi madre, mi santa;
después de mi santa mujer, mi Fuensanta.
que tantos amores me da, generosa;
después de mis hijos, prefiero a mi Rosa...
La Rosa es mi barca, mi barca velera;
de todas las barcas del mar, la primera:

mi barca ligera,
mi barca garbosa;
mi fiel compañera,
¡mi barca velera!

—
«Si brisas le gustan,
no vientos la asustan.
Es brava y es fuerte.
Nació venturosa
y es digna de suerte.
¡Por sí, por sí misma, se alaba!

¡Qué fuerte, qué brava,
mi Rosa!
¡Qué hermosa!

—
«Miradla, surcando
la mar, a mi mando.
Mirad sus hechizos.
¡Mirad, cómo rizan
los aires sus rizos!

—
«Yo tengo por ella,
tan docil, tan bella,
dos fieles esposas;
las dos bondadosas,
las dos a la par:
en tierra, mi dulce Fuensanta;
¡mi Rosa, si salgo a la mar!...»

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

El Papa de las cuarenta y ocho Encíclicas,—¡y qué Encíclicas!—como *Rerum novarum*, referente a la cuestión obrera, y de cuyas palabras parece exhalar un hálito de infinita caridad; como *Libertas*, donde se define y acrisola el genuino concepto de la libertad de los hijos de Dios, concepto que ya expuso el Doctor Angélico, en pleno siglo XIII, y que explicó de admirable suerte nuestro egregio Balmes,—a quien León XIII conoció y trató siendo Nuncio en Bruselas,—en estos términos, *la facultad de hacer lo que se quiere, haciendo siempre lo que se debe*; como *Sapientiae*, y *Cum multa*, que señalan orientaciones y normas de conducta a los católicos; como *Immortale Dei*, que trata de la constitución de los Estados; como *Aeterni Patris*, enderezada a la instauración de la doctrina tomista en las Escuelas católicas; como *Humanum Genus*, contra las sociedades secretas; como *Auspicato*, que el Papa dió para celebrar el séptimo centenario del nacimiento del Sera-

que reconoce la legitimidad de la República francesa, que escribe al Emperador de la China,—la cruel e inhóspita siempre para con los cristianos,—pidiéndole que proteja en sus estados a los misioneros de la Buena Nueva, y a sus catecúmenos; que sueña con la dulce conquista de las almas todas que alientan sobre la faz de la tierra; que sabe dar a Dios lo que es de Dios, alzándole sobre todas las disputas y todos los intereses mezquinos de los hombres, sobre todos los vanos clamores de aquí abajo, y al César, al Estado, a la potestad civil, lo que en justicia les pertenece... Aquel León XIII, cuyos inolvidables jubileos sacerdotal y episcopal, celebrados por el universo mundo con alegrías realmente pascuales, rememoraban los grandes jubileos de la Edad Media, el jubileo del año 1.300, que Dante recuerda en su *Poema*, y que contó Micer Mateo Villani, en su *Crónica florentina*.

¡Qué admirable ese Papa, ascendido a la Cá-

tedra de Pedro en los días felices de nuestra niñez; ese León XIII, ese venerable anciano, algo así como una célica aparición radiosa, como un soplo, como una *llama viva*, enderezada siempre hacia lo alto; el de rostro de immaculada albura, semejante a la de una hostia propiciatoria, en el cual no se distinguían apenas más que unos grandes ojos negros, avizores, inteligentísimos, donde creíase que se habían concentrado todo el vigor y toda la lumbre, casi ultratelúrica, de aquel noble espíritu, anticipadamente liberado de los lazos de la carne, y de las impurezas de la tierra!...

Pues he aquí que después del Papa León XIII, que se hizo amar de propios y de extraños, de amigos y enemigos, hombre de quien hubiera podido decir Vasari, con más razón que de Miguel Ángel Buonarroti, «que fué el hombre de las tres almas», o aún más, y transplantado el día 20 de Junio de 1903, a modo de una etérea llama, de una sublime expiración, a la eterna Patria; después de León XIII, fué digno, dignísimo sucesor suyo el *niveo e immaculado anciano*, en frase de Johannes Joergensen,—en la *Campana de Rolando*.—Giuseppe Sarto; el seminarista humilde de Castelfranco y de Padua, el buen cura de Tombola y de Salzano, el canónigo de Treviso, el obispo de la ciudad egélica de Virgilio,—*Mantua me genuit*,—el Cardenal de la Romana Iglesia, con el título de San Bernardo en las Termas; el Patriarca y Arzobispo de Venecia, y allí amigo de las *hermanas palomas* de la *Piazza* de San Marcos, y de los gondoleros de las lagunas, parigual a aquel suavísimo y benditísimo Obispo y Príncipe de Ginebra, San Francisco de Sales, el amigo de los bateleros de Ancey, y de los pastorcillos y *pi-ferrari* de los valles de la Saboya.

El retrato de Pio X está en el Salón del Trono de la Nunciatura, en frente del retrato de Pio XI. Yo no puedo evocar la figura de Pio X, el *Papa de la eucaristía*, elevado al Sólido pontificio en días de luto, y al propio tiempo muy esperanzados para mi corazón; yo no puedo hablar ni escribir nunca de ese Papa, sin emoción profunda. Me cautiva y atrae, con misterioso imán, esa apacible y papal figura, nimbada ya por algunos rayos precursores, y que me hace acordarme de algunos santos italianos del siglo XIII, o de los *compañeros* del *Fratello d'Assisi*; de Bernardo de Quintavalle, del *hermano* León, de Maseo de Marignano, de Jacomino de Verona, de Angelo Tancredo de Rieti... ¡Y cuán semejante también, esa dulce imagen de Pio X, a San Carlos Borromeo, y al primo de este, Federico Borromeo, Cardenales y arzobispos de Milán, ambos; o a San Felipe de Neri, resucitando, a la universal admiración, los tiempos apostólicos, o al Cardenal Rusticucci, o al Cardenal Maffei!...

Gran Papa, entre los Papas de más claro renombre, José Sarto, cuya fisonomía revela bondad, solamente bondad; cuyo corazón diáfano y puro, cual el de un niño bueno, cayó herido y destrozado mortalmente,—al modo como un pobre pajarillo cae de su nido, herido por la bala del cazador cruel,—en presencia de las hórridas desolaciones de la guerra europea, y por las magnas e incalificables ingratiudes de los Gobiernos y de los pueblos. ¿No es cierto que hay trémolos e inflexiones de ternura en la voz de cualquiera que os hable de Pio X?

¿Qué dienonadamente pugnó Pio X por elevar el nivel moral de la Humanidad; por realizar más justicia y más verdad sobre la tierra, instaurando cristianamente las costumbres, a poder de la caridad, de la paz, de la sencillez, de la modestia, de la piedad! De Pio X,—en quien reviven los Papas de los primeros siglos cristianos,—puede decirse lo que un orador famoso del pasado siglo dijo de otro Papa; «por su piedad, un santo; por su caridad, un apóstol; por su vida, un austero anacoreta; por su origen un humilde: como Sixto V., como Adriano VI; por su espíritu, embebido en las más altas contemplaciones, un místico.»

¿No recordáis su testamento, que no puedo leer sin sentir humedecidos mis ojos por lágrimas de muy grande ternura? De él habla, con emotivo verbo, en su hermosa Pastoral *Le Papauté*, mi insigne y admirado amigo el Cardenal Arzobispo de Malinas, Monseñor Mercier. «Yo nada poseía en el momento de ser nombrado Papa,—viene a decir Pio X,—ni nada tengo que me pertenezca, y que pueda legar a los míos. Pero ruego a mi sucesor que se acuerde en su caridad de mis dos *sorellinas* que en Roma me han acompañado en mi retiro. Mi her-

mano seguirá viviendo de su trabajo en Correos; pero quisiera asegurar a mis hermanas, ya ancianas, un socorro de doscientas cincuenta liras al mes.»

«¿Qué lección—añade el Cardenal Mercier,—para los que se complacen en el fausto de sus riquezas! ¿Qué respeto a la dignidad del trabajo! ¿Qué candor, en la vida sencilla! ¿Qué digna reserva en el destino de las limosnas a la Santa Sede! ¿Qué culto a la honrada pobreza!»

Pocos días antes de morir bendecía y besaba Pio X, en el patio de San Dámaso, del Vaticano, la bandera de la Asociación Católica de la Juventud francesa, y decía a esos jóvenes: «el Vicario de Cristo os lleva dentro de su corazón, como a una de las mayores esperanzas, no sólo de vuestra patria, sino de la Iglesia universal.»

Y así dió su Santo espíritu al eterno Padre, *esperando*; nuevo Moisés a la vista de la tierra prometida... ¡Dejádmelo creer así!... Fué el Papa de la clarividencia, de la decisión, de la energía cristiana, en medio de su ingénita y siempre desbordada bondad. ¿No recordáis lo que hizo ante el *modernismo*? ¿No recordáis su Encíclica *Pascendi*? «Si al aparecer Lutero o Calvino—dice el Cardenal Mercier,—la Iglesia hubiese tenido un Papa del singular temple de Pio X, ¿hubiera el Protestantismo desprendido de Roma la tercera parte de la Europa cristiana...?»

Pero la Historia y la vida *van de prisa*, al unisono de todo, en la hora de ahora. Y si no duró mucho—once años,—el pontificado de Pio X, aún duró menos el de su sucesor, el genovés Giacomo della Chiesa, Benedicto XV, el antiguo Secretario de la Nunciatura de Madrid, el Sustituto de la Secretaría de Estado Vaticana, cuando estaba a cargo del Cardenal *papabile* Mariano Rampolla de Tindaro; el Arzobispo de Bolonia, el Cardenal presbítero elegido Papa el día 3 de Septiembre del año 1914. ¡Y qué gran Papa! ¡Y qué gran corazón...! Creeríase que Dios ha querido suscitar uno en pos de otro, sobre la cima fulgurante del Vaticano, que es la cima espiritual del mundo, y en esta época de los más fieros e inauditos egoísmos, a estos Papas de corazón; ¡el corazón!... *que es todo el hombre*, y «el buen tesoro de donde el hombre bueno saca el bien», y lo perfecto, lo heroico, lo mejor, al decir de los Sagrados Libros.

De ahí sacó, de los tesoros inagotables de su corazón, el Papa Benedicto XV, aquella caridad desbordadísima y encendidísima, en las sombrías tristezas de la guerra, haciéndose *todo para todos*. De ahí, aquel alto espíritu de fortaleza y de justicia que le hacían decir en la alocución Consistorial del 22 de Enero de 1915: «en cuanto a proclamar que nunca y a nadie está permitido, por cualquier motivo que sea, ofender a la Justicia, es este en verdad, un oficio que corresponde, con propiedad suma, al Romano Pontífice, constituido por Dios en intérprete soberano, y en vengador de la Ley eterna. Y así lo proclamamos, sin rodeos.»

De ahí, aquella gran clarividencia, con que afirmaba, en ocasión solemne «que la fe católica es de tal naturaleza que no se le puede añadir ni quitar nada; o se la posee entera, o no se posee.» Y luego, estotro; «no se necesitan calificativos para profesar el Catholicismo, pues basta que cada cual diga: *Christianus mihi nomen, Catholicus cognomen*. Lo esencial es justificar de hecho, con obras, la sinceridad de estos apelativos.» *Porque no es aprobado quien se abona a sí mismo*,—ha dicho San Pablo,—*sino aquel a quien Dios abona. Y no consiste el reino de Dios en palabra, sino en la virtud*. De ahí, de su corazón generosísimo, sacó el Papa Benedicto XV, la singular unión evangélica, y la lumbre y el aroma peculiares, *sui generis*, que se desprenden de sus Encíclicas. Leed sino la habeis leído la *Ad beatissimi Apostolorum Principis*, acerca de la guerra, de sus causas, y de los medios más eficaces para traer la paz al mundo y a las almas. Leed la *Quod iam diu*, ordenando oraciones públicas, con motivo de la conferencia de la paz. Y la *Paterno iam diu*, en pro de los niños hambrientos de la Europa central; y la *Maximum illud*, respecto de las Misiones extranjeras; y la *Pacem Dei*, que trata de los verdaderos fundamentos de la paz; y la *Annus iam plenus*, nuevo y conmovedor llamamiento a la piedad universal, en favor de los niños sin ventura, de todas las naciones. De ahí su carta, su bellísima carta del 3 de Septiembre de 1914, a los fieles de todo el orbe católico, exhortándoles a pedir a la Virgen el beneficio de

la paz. Y la otra, del 8 de Diciembre de 1914, al Cardenal Mercier, abogando por la causa nobilísima y justísima de Bélgica. Y su discurso, en la Navidad de ese mismo año, a los Cardenales. Y sus gestiones con los estados beligerantes, en 31 de Diciembre, y en 11 de Enero del siguiente año,—y reiteradas con ardiente celo, innumerables veces,—en orden al canje de los prisioneros de guerra, imposibilitados para combatir, y en bien de los prisioneros civiles. Y su alocución consistorial del 22 de Enero, denunciando a la execración de las conciencias rectas, muy graves atentados contra el derecho de las gentes. Y la carta del 1 de Febrero a Monseñor Likowski, Arzobispo de Poznam, interesándose cordialmente por los Polacos; y la dirigida al episcopado suizo, comunicándole sus propósitos de atenuar los horrores de la guerra, y de proponer la paz. Y su envío de doscientas mil liras al Cardenal Arzobispo de Paris, Monseñor León Adolfo Amette, para las iglesias de las regiones devastadas; y las ofrendas a muchos Obispos, particularmente al Cardenal Arzobispo de Reims, Monseñor Luçon de cuatrocientas mil liras, y las doscientas mil al Sanatorium Alain Roscoff... ¿Qué más?... ¿Qué más?...

Pero, ¿quién podrá enumerar todos los rasgos de la caridad excelsa de Benedicto XV, en quien parecía haberse encarnado de algún modo la caridad de Cristo, que le *apremiaba* incesantemente, como al Apóstol? Y en esta evangélica misión, fué secundado el Papa, eficazmente, en la Secretaría de Estado, por el actual Nuncio Apostólico en Madrid. ¿Qué circunstancias, de las más terribles y espantables de la humana Historia, las que atravesó el pontificado de Benedicto XV!

Entonces, como escribía Carlos Malato el día 15 de Mayo de 1920, en la *France libre*: «Europa era un siniestro campo de matanza y de humeantes ruinas, que devoraba a los hombres por millones, y las riquezas por guarismos sin cómputo posible.» Y como decía Mauricio Barrés, en *Les traits, éternels de la France*, «el clamor de las campanas tocando a muerto era tan fuerte, que parecían quebrarse hasta las piedras de las tumbas.» ¿No es verdad que el único vencedor *moral* en la sazón esa, fué el Papa; «ese Papa animado de un santo aliento de caridad,» según decía en *Le Populaire*, Sixto-Quenin, al día siguiente a la muerte de Benedicto XV?

El *Papa de la paz*, le llamaré la Historia... No; así fué llamado y aclamado ya, con el *hosanna bíblico*, en su vida. El Papa de la ingenua y acendrada ternura, que demostró, magníficamente,—aparte de otras muchísimas ocasiones, y en el familiar trato,—en el asunto del abate Lemire, privado de las licencias ministeriales por su Obispo, el de Lille; y a la súbita muerte, al regresar de Roma, de Enrique Lorin... El Papa de la confianza incommovible, y del filial abandono en *Aquel que le confortaba*, que le constreñían a exclamar: «¡persuadidos de que los llamados bienes de este mundo no tienen de bien más que la apariencia: *no tengáis puestos los ojos en la tierra, elevadlos al cielo, al que todos estamos destinados, y a Dios, nuestro Padre*. De Benedicto XV puede decirse, sin sombra de hipérbole, lo que se lee en el libro de los *Hechos de los Apóstoles* (X, 38): *Pertransiit benefaciendo*. Pasó haciendo bien.

Y de pronto, cuando menos se esperaba, Dios le impuso el descanso eterno; ¡ese descanso!, que es, además, una merced y una recompensa. Y al irse, comprendíamos y sentíamos todos el vacío que dejaba en el mundo. Mas no nos dejó huérfanos—¿cómo podía ser esto?—nuestro Padre que está en los Cielos. Y suscitó *super candelabrum*, en la Sede pontificia, a un continuador egregio de su obra; al sapientísimo, al buenísimo Cardenal Arzobispo de Milán Aquiles Ratti, Pio XI, quien habrá de ser, seguramente, a juzgar por lo que ha dicho, y por lo que ha hecho, en dos años de pontificado, uno de los más preclaros e inmortales ornamentos de la augusta dinastía apostólica, cuyo fin no verán los siglos, como escribió el protestante Lord Macaulay, en un célebre artículo de la *Edinburgh Review*. *El mundo pasa, y pasa con él su concupiscencia*; ha dicho el Discipulo del Amor. Está pasando temerosamente sobre nuestra cabeza, la hora del hombre. ¿Cuándo pasará la hora de Dios? Esa hora es la que espera el Papa Pio XI, en su eremítica soledad del Vaticano, y atento, cuando todo se hunde, y casi todo muere, triste o ignominiosamente, a lo

constante, a lo inmutable, a lo eterno, a lo infalible. Esa, la que espera asimismo su dignísimo representante en España, el Nuncio Monseñor Federico Tedeschi, alma elevada, de tan perfecta formación interior, entendimiento próspero, corazón de oro, de místico, de santo; tan culto, tan modesto, tan sencillo; el hombre de los grandes destinos, ciertamente; el hombre de la raza de los grandes y elíficos solitarios, de que habló Carlyle, de los cuales, y no de otros, habrá de venir, en la revelación futura de la Historia, la nueva Pascua del espiritualismo cristiano...

Y esa hora esperamos los hombres de buena voluntad. ¡Cuán pocos quedan!... Ellos no pueden ni deben olvidar nunca lo que se lee en el libro primero de los Macabeos (IX, 10): *no queráis arrojar un berrón sobre vuestra historia!*...

¡Bendito, benditísimo día aquel en que sean cumplidas las palabras proféticas del Evangelista San Juan: *Será un sólo rebaño y un sólo Pastor!*... Los nacidos de mujer que esto vean, podrán irse del mundo entonando, como el an-

ciano Simeón, el canto divino del *Nunc dimittis servum tuum Domine*.

...En todas estas cosas iba yo pensando, y pienso siempre, al despedirme el otro día, con mi alma hermana, del señor Nuncio, y al pasar ante los retratos de los últimos Papas, y del Papa actual, en el Salón del Trono...

¡Cómo me impresiona siempre la visión, la evocación ésta, de esos grandes Pontífices!... Conmigo va su glorioso recuerdo... Conmigo, sobre todo, la paternal mirada, y la sonrisa, plena de bondad y de tristeza, del Papa Pío XI... En actitud bendicente está, en su retrato de la Nunciatura, cual si estuviese dando, *urbi et orbe*, su apostólica bendición en la Basilica de San Pedro de Roma en la que, como cantó el poeta Alfredo Weil,

Tout est grand, mais si grand, que rien ne paraît grand dans ce temple géant, fait de marbre et de pierre. Le main de l'ouvrier gigantesque est partout; partout ton grand génie apparaît, et ton goût. Michel-Ange, qui mis cette tiare a Rome.

Tristes, en el retrato del Salón del Trono, los ojos de Pío XI, velados, al través de las gafas, y miopes, cual los de aquellos que pasaron los mejores años de su vida sobre los libros. Tristes, sí, porque muy grandes amarguras son su pan y su bebida cotidianas; y terribles tormentas se ciernen sobre su cabeza venerable; y legiones de enemigos le amenazan. Pero, ¿qué sería de ellos sin el Papa?... ha dicho Fortunato Strowski: *¿Qué sería de las hirvientes y clamorosas olas del mar, sin la roca firme, que combaten sin tregua ni reposo?*

¡Adelante... por entre los océanos bramadores y tumultuosos! La navicilla de la Iglesia lleva por timón la Cruz, y por piloto a Jesucristo... ¡Adelante!... Porque está escrito: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del averno no prevalecerán contra ella...*

ADOLFO DE SANDOVAL.

Febrero, 1924.

TEATROS

ESPAÑOL.—*Mari-Luz*, comedia en tres actos de sir James Matthew Barrie, traducida por Martínez Sierra.

La compañía de Artigas ha entrado en el Español con buen pie. Unos actores que llevan en su repertorio los ya célebres *Seis personajes*, de Pirandello, y esta comedia de Barrie, merecen por tan noble selección de su repertorio todas las alabanzas.

Sir James Matthew Barrie es escocés. Ha nacido en 1860 y ha fundado la *Kailyard School* de novelistas. En sus novelas describe con humorismo muy simpático las costumbres campesinas de Escocia. Es también competente en la psicología de los niños, a quienes ha dedicado comedias deliciosas en armonía con el temperamento infantil, entre ellas la famosísima *Peter Pan*. De él conocimos en Madrid, antes de ahora, *El admirable Crichton*.

Mari-Luz es una comedia extraña. Fijémonos un poco en su argumento y encontraremos un género medioeval. La leyenda del religioso que se queda como dormido y que en realidad está en el cielo y ve con sorpresa al despertar de su sueño, que él juzga de pocos minutos, que han pasado cincuenta o noventa años, que su convento está destruido y que a las generaciones que él dejó en la tierra sustituyen ya otras generaciones, es tema repetido en toda la literatura de la Edad Media. Hay en él variantes para todos los gustos. Llevado el asunto de lo religioso a lo profano produjo el cuento de la «bella durmiente en el bosque», muy explotado también por los autores que se inspiran en el *folklore*.

Barrie ha compuesto con la misma idea una comedia moderna. En la vida del mundo estamos siempre regidos por las dos nociones de tiempo y espacio y necesitamos en todo momento una medida que sea como aquel punto de apoyo que deseaba Arquímedes para levantar el planeta con su palanca. Mientras vamos sometidos a esta regla todo camina por sus cauces normales. Su relatividad nos penetra y da razón suficiente a las ideas y percepciones externas más claras y sencillas porque descansan en esa norma, eje y sostén de cuanto observamos a nuestro alrededor.

Se ha dicho, para explicar la teoría de Einstein, que si todo creciera o disminuyera hasta hacerse mil veces más grande o mil veces más pequeño de lo que es, no lo advertiríamos por faltarnos el término de comparación. Lo mismo ocurre con el tiempo. Si todo cambiara para marchar mil veces más deprisa o más despacio, tampoco nos daríamos cuenta de la mudanza. ¿Qué fenómeno o qué aparato iba a decirnoslo?

Ahora bien; si es una sola persona la que se aparta de la regla general con que medimos tiempo y espacio, desde luego han de suceder cosas bien extrañas. Para *Mari-Luz*, la protagonista de Barrie, dejan de pasar las horas, los días, los años, y por eso cuando vuelve a la casa de sus padres y de su marido, después de haberse perdido por segunda vez en una isla misteriosa junto a las Hébridas, encuentra que están viejos los que eran jóvenes en el instante de su partida y que su hijo, a quien dejó siendo

un niño de cuatro años, es ya hombre, con afán de aventuras, que se ha ido a correr mundo.

Lector: a todos nos ha sucedido lo mismo. Recordemos...

Una hermana nuestra vive fuera de la localidad en que residimos. Nos llama porque uno de sus hijos, que cuenta tres años, está muy enfermo. Acudimos al llamamiento con premura. Sentados en el vagón del ferrocarril hacemos fuerza con los pies imaginando que así el tren marchará más veloz. La hermana está desolada. Es madre y ve que su hijo se muere. Lloro, grita, casi tiene ataques de nervios. ¿Que se salve el niño! ¿Que se salve el niño!...—exclama en el paroxismo del dolor... Y vemos en su camita al niño enfermo. Es rubio como las mieses, tiene ojos azules y su tez, arrebatada por la calentura, es más fina y más suave que el raso...

El niño, mejora; se pone bueno. El deseo de la madre se realiza. ¡Ya está salvado el niño!

Transcurren cinco lustros. Por azares de la vida no hemos vuelto a ver desde entonces a la hermana y al sobrino. Las circunstancias nos llevan de nuevo a su encuentro. ¿Dónde está el niño a quien vimos librarse de la muerte? El niño ya no existe, ha desaparecido. Hallamos un hombre sin guedejas; el cutis de raso se lo ha estropeado la navaja de afeitarse; su voz es bronca; se ha endurecido los músculos en los deportes. El angelote aquél es ahora un Hércules.

Apliquemos la fantasía a un hecho tan natural y tendremos la linda comedia de Barrie. Su medula no es el amor de madre, como se ha dicho, que esto es episódico, sino el fenómeno que representaron los griegos en la fábula de Cronos, Saturno o el Tiempo que devora a sus propios hijos. Cada período de nuestra existencia es como una vida y así, poco a poco, el adolescente va matando al niño, y el hombre maduro al joven, y el viejo al de mediana edad. Sale de aquí una paradoja: «la vida es una muerte continua». Bien dice Calderón «que la vida es sueño y obrar bien es lo que importa para cuando despertemos».

Mari-Luz es, por tanto, una comedia bellísima, sin otro defecto que el primero y el último cuadro que no vienen a qué. A Barrie no le sientan bien los capuces siniestros de Ana Radcliffe y Edgar Poe. ¿Para qué la casa encantada y el fantasma si en realidad aquello es un pege de la obra?

La traducción y la interpretación esmeradísimas.

LUIS ARAUJO-COSTA

LA VILLA MOURISCOT

— CASA BALDUQUE —

Bombones selectos—Marrons

Glaces—Caramelos finos.

Cajas para Bodas

SALÓN DE TE

Serrano, 28

NOTICIAS

CON motivo del santo de S. M. el Rey, se ha concedido la Grandeza de España al señor don Juan Vitorica y Casuso, donde de los Moriles.

Para otorgar esta merced ha tenido el Monarca presente su altruismo al ceder, en favor de los obreros de Madrid, la indemnización que le concedió el Ayuntamiento en pago de los terrenos expropiados en la calle de Cedáceros, y sus servicios en África, como oficial honorario del regimiento del Rey, al cual regaló también material de guerra y cantidades para mejoras.

SE han expedido Reales cartas de sucesión en el marquesado de Zuya, a favor de don Emilio Aznar; en el de Riestra, a don Raimundo Riestra; en el de Domecq d'Uzquain, a don Pedro Domecq; y en los condados de Casa Romero y de San Fernando de la Unión, respectivamente, a don Felipe Romero y a don Fernando Primo de Rivera.

HAN sido rehabilitados los siguientes títulos del Reino: conde de Tovar, a favor de don Francisco Javier Allendesalazar y Aspiroz, y marqués de Montanaro (antes de Huércal Óvera), a favor de doña María del Mar Bermúdez de Castro y Serriá.

CON motivo de su reciente ingreso en la Orden militar del Santo Sepulcro, el marqués de los Soidos y de Frómista ha obsequiado a sus amistades con elegantes cajas y sortijeros de alabastro y artísticos platos de hierro verdaderamente repujados, con la cruz de la Orden, llenos de exquisitos bombones y violetas candi, especialidad de la aristocrática confitería «La Duquesita».

DON Cándido R. de Celis y de Mediavilla, Gentilhomme de Cámara de S. M., con ejercicio, ha solicitado Real Carta de sucesión en el título de Marqués de Treballar a favor de su hijo José-Antonio R. de Celis de Ceballos, heredero directo de la última poseedora del título, Excelentísima señora doña Prudenciana Rodríguez Valderrábano de Ceballos, fallecida recientemente en Valladolid.

LA señora de Basa (don Alvaro), hija de los marqueses de Santa Cristina, ha dado a luz con toda felicidad un niño, tercero de sus hijos. En la pila bautismal recibió el nombre de Mariano, apadrinándole su tía, la señora viuda de don Luis Drake de La Cerda y don Carlos Mendoza.

También han dado a luz: una hermosa niña la marquesa de Villacaños; y un robusto niño la señora de Taboada (don Carlos).

POR falta de espacio tenemos que retirar a última hora las notas en que mostrábamos nuestro dolor por los fallecimientos de S. A. el duque de Montpensier, el duque de Sessa, el exministro conde de Santa María de Paredes, el marqués de Silvela, la señorita Luisa Silvela y, ya al entrar este número en máquina, la condesa de Mirasol. Acompañamos a sus ilustres familias en sus grandes penas.

LA TORRE DE BARBA-AZUL

VEREIS... Este Barba-Azul de mi cuento no es el famoso Barba-Azul, Mariscal de Francia, que fué condenado a muerte por sus crímenes.

Este de hoy es un Barba-Azul menos terrible y mucho menos poderoso.

Es un tío de campo.

Pero un tío con toda la barba...

Con toda la barba azul de puro negra y brillante.

Bueno.

Y parece ser que un día del mes de Julio, en que ni la más ligera nubecilla empañaba el azul del cielo, mientras las cigarras cantaban hasta sacarse brillo, un muchacho de apenas siete años de edad, vestido de rojo y a lomos de un gigantesco caballo blanco, acertó a pasar junto a las ruinas de un castillo abandonado.

El tal castillo — según el murmurar de las gentes — estaba habitado por duendes, brujas y espíritus en pena, que por las noches salían a lamentarse a la luz de las estrellas y de la luna clara.

Como hacía mucho calor, se apeó de la cabalgadura y buscó alivio a la sombra de los muros.

— ¡Caramba, tengo hambre! — exclamó, a poco, abriendo la boca — ¡Y aún me faltan dos horas para llegar a la ciudad!...

Conque, como estaba solo, estiró los brazos y lanzó un bostezo:

— ¡Aaaah!

Inmediatamente, del fondo de la torre salió otro bostezo:

— ¡Aaaah!...

El muchacho aguzó los oídos:

— ¡Juraría que me han hecho burla... ¿Será el eco?... ¡Claro que es el eco. ¡Qué tonto soy! ¡Ja, ja, ja!

Acto seguido, del interior del castillo salió otra carcajada:

— ¡Ja, ja, ja!

Esta vez el muchacho, que se llamaba Florisel, se puso serio.

— ¿Quién se burla de mí? — gritó.

A poco, una voz ronca y terrible dijo:

— ¡Mamarrachooo!

Florisel se puso en pie y corrió hacia su caballo. Fué a subir de un salto; pero no llegó a los lomos.

Tomó nuevo empuje, y tampoco llegó esta vez.

Era que el caballo, cada vez que daba el brinco, crecía una cuarta.

— ¡Esto sí que es lo peor!

Conque se subió a un árbol muy grande que había junto a las ruinas. Llamó a

su rocínante y se tiró sobre la silla, decidido.

Milagrosamente pudo montar.

Una vez arriba, picó espuelas.

— ¡Que si quieres! El caballo no se movía. Le animó:

— ¡Arre, caballito de mi alma, que apenas llegue a la ciudad te voy a dar un pienso delicioso!

— ¡Como si nada! ¡El caballo quieto!

Miró al suelo, para apearse de nuevo. Pero del caballo al suelo había más de cien metros de altura.

Alzó los ojos y se encontró frente a frente de la ventana más alta de la torre.

Asomado a ella estaba un hombre horrible, con unas barbas negrísimas que le colgaban como una bandera.

El barbudo, en cambio, por medio de unas palabras mágicas, volvió el caballo a su tamaño natural y salió de estampía a través de los campos.

Entonces el muchacho, al verse perdido, hizo la señal de la cruz y se encomendó a Dios.

Aquello fué maravilloso, pues en un abrir y cerrar de ojos todo desapareció: murciélagos, ratas, dragones y furias.

Sólo quedó en la ventana una cigüeña de largo pico, quien, pillándole por el cuello de su traje, lo sacó de la torre y se lo llevó por los aires, como en el más delicioso columpio.

Pasaban las golondrinas junto a él y le saludaban:

— ¡Pió, pió, pió!

Pasaban los aviones, y las grullas, y los jilgueros:

— ¡Adiós! ¡Adiós! — Le decían.

Conque Florisel, miró otra vez a la tierra.

Corriendo a todo galope marchaba el brujo en su caballo blanco.

Conque el muchacho exclamó con todas sus fuerzas:

— ¡Tío barbudo! ¡Tío barbudo! ¡Suelta lo que no es tuyo!

El brujo alzó la cabeza y en aquel momento Florisel le tiró un zapato que, cayéndole en un ojo, se lo cerró para siempre.

Pero el tío barbudo seguía galopando a todo galopar.

Un poco más adelante, Florisel le dió otra voz:

— ¡Tío barbudo! ¡Tío barbudo! ¡Suelta lo que no es tuyo!

El brujo tornó a alzar la cabeza y otro zapato — ¡plaf! — le tapó el otro ojo.

En esto el caballo y el jinete ciego entraban veloces en un bosque de pinos y sobre el segundo árbol — ¡catapúm! — allí se dejó la cabeza el tío barbudo.

Entonces descendió la cigüeña con Florisel. Montó éste en su caballo, después de dar las gracias a su salvadora, llegando sano y salvo a la ciudad.

Allí contó sus aventuras en Palacio y, maravillado el Rey, le dió la mano de su hija.

Florisel, como regalo de bodas, entregó a la suegra una caja de la admirable Crema «Fores del Campo», con lo que amaneció la Reina madre joven y bella, sin brillo en el cutis y más sugestiva que cuando se casó.

Y como nada agradece tanto la mujer como las celebraciones y los triunfos, la leyenda de las mamás políticas cayó pronto en desuso, hasta desaparecer.

PRÍNCIPE SIDARTA.

TODAS LAS GRANDES ARTISTAS

PARA EMBELLEVERSE Y QUE SUS ATRACTIVOS RESALTEN CON LA LUZ ARTIFICIAL, USAN EN SU «TOILETTE» LOS ULTRA-IMPALPABLES POLVOS DE ARROZ

F R E Y A

TONO «MALVA»

SE FABRICAN EN SIETE VARIEDADES: BLANCOS, ROSA 1 Y 2, RACHEL 1 Y 2, MORUNOS Y MALVA

PRECIO: 3,50 PESETAS

F L O R A L I A M A D R I D

— ¡Buena tarde, muchacho!

— No muy buenas, señor — contestó el chico.

Entonces el barbudo siguió:

— ¿Qué razones tienes para decir que no son buenas? ¿Acaso no estás orgulloso de tener el caballo más grande del mundo?

— Sí, señor; pero, ya ve usted, no me sirve para nada, porque cuando le arreo, crece y no se mueve de ninguna manera.

— Eso es porque no le sabes tratar. Mira, métete por esta ventana y déjame a mí, que lo domestique.

Florisel aceptó el trato. Se agarró a las barbas del hombre del castillo y una vez llegado a los hierros se zampó dentro de la torre, mientras el peludo se asia al cuello del caballo y se sentaba en la silla. ¡Pobre Florisel! Apenas había puesto los pies en la habitación, cuando un ejército de pajarracos, ratones y ratas se abalanzó sobre él dispuesto a devorarle.

SEÑAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES

Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES

Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES
DE LA

FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín

Núñez de Arce, 4.—MADRID.—Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18.

Barquillo, 20.

Teléfono, 53-44 M.

Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA

SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERÍA

Gran Peletería Francesa

VILA Y COMPAÑIA S. en C.

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURRURES
MANTEAUX

CONSERVACION
DE PIELES

Carmen, núm. 4.—MADRID.—Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14.—Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO

IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2. — MADRID — Telf.º S. 10-22.

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID.—Atocha, 65.—Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
—MADRID—

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

CASA JIMENEZ - Calatrava, 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA

VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA

EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6. — Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA—VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS—CRISTALERIA—LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES—GABANES—PARAGUAS
BASTONES—CAMISAS—GUANTES—CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CARROCERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMOVI-
LES DANIELS — AUTOMOVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCHINI

Miguel Angel, 31.—MADRID.—Teléfono J. — 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17

Galiano

SASTRE DE SEÑORAS

Argensola, 15.

MADRID

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Estolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.

Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41.—MADRID

ANTIGUA Y UNICA

CASA "LAMARCA"

Carrocerías y carruajes de lujo.

Proveedor de SS. MM.

GENERAL MARTINEZ CAMPOS, NUM. 39

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES

LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS

ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS—BOLSILLOS—SOMBRILLAS—ESPRITS
Preciados, 13.—MADRID—Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID | Alcalá, 53

Capital social. . . { 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios.
Seguros mutuos de vida. Supervivencia.
Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

CASA APOLINAR

-- GRAN EXPOSICION DE MUEBLES --

Visítad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1, duplicado.

0000000000

TELEFONO 29-5

LOS DISCURSOS DE LOS GRANDES DE ESPAÑA CUBIERTOS RECIENTEMENTE ANTE S. M. EL REY

Continuamos publicando los discursos de los Grandes de España, que se cubrieron el mes pasado ante S. M. el Rey.

El del duque de Abrantes.

«SEÑOR:

Fué el primer duque de Abrantes don Alfonso de Lancaster, descendiente de don Juan de Gante, cuarto hijo del Rey Eduardo III de Inglaterra, que vino a España en el año 1366, en tiempos de Don Pedro I de Castilla, casando sus hijas: doña Catalina, con el Rey Don Enrique III, primer heredero de la Corona, que llevó el título de Príncipe de Asturias, y doña Felipa, con el Rey Don Juan I de Portugal.

Don Alonso de Lancaster, Grande de España a fuero de Castilla, comendador del Orden de Santiago y capitán general de las galeras unidas de España y Portugal, abandonó su casa y bienes que tenía en este reino, y vino a España en el año 1604 con un Ejército a sus expensas para defender los derechos del Señor Rey Don Felipe IV contra el duque de Braganza, servicios que recompensó el Monarca, haciéndole merced del Ducado de Abrantes, y tres días después del Marquesado de Sardoal, para sus primogénitos, en el año 1642.

Prolijo sería enumerar los hechos gloriosos de las Casas que a la de Abrantes se han unido, y cuya representación llevo por mi matrimonio.

Los Noroñas, cuyo fundador fué don Alonso Enriquez de Noroña, primer Conde de Gijón, hijo del Rey Don Enrique II de Castilla, después Condes de Linares y más tarde Duques, por gracia del Rey Don Felipe IV en 1667.

Los Carvajales, cuyo tronco fué Bermudo el II. Don Enrique Enriquez, tío del Rey Don Fernando el Católico y su mayordomo mayor, que tanta parte tomó en la conquista de Granada. Los Villela, de las primitivas familias de Vizcaya, después condes de Lencés. El conquistador del Perú, don Francisco Pizarro y el licenciado Pedro Gasca, después obispo de Sigüenza, enviado por el Emperador Carlos V a pacificar aquel reino, y cuyas Casas se unieron a la de Abrantes con los títulos de Cancejada y Revilla. Los Concha, con el Marquesado del Duero, con Grandeza de España, concedido a don Manuel Gutiérrez de la Concha por su campaña de Portugal en el año 1847, quien fué muerto gloriosamente en el campo de batalla en Monte Muro en 27 de junio de 1874. El Rey Don Alfonso XII honró su memoria escogiendo para sí el collar del Toisón de Oro que el marqués del Duero había ostentado.

Hoy, Señor, que por mi matrimonio con la duquesa de Abrantes recibo el alto honor de cubrirme ante Vuestra Majestad, tócame hacer mención, aunque ligera, de mis antepasados.

Entre los primeros pobladores de las montañas de Burgos, con el Señorío de Reales, figura la Casa hidalga e infanzona de los Zuleta de Reales, en la Junta de Cudeyo, merindad de Trasmiera. Destruída su casa-fuerte por la acción de los siglos, Gonzalo del Real trasladó, hacia el siglo xv, su residencia a Sevilla, fundando en ella nuevos vínculos y mayorazgos, entre los cuales figura el Señorío de los Corchuelos, Alto y Bajo, de la ciudad de Utrera. Gran número de miembros de esta Casa fueron, desde remota antigüedad, caballeros del hábito de Santiago, maestrantes de Sevilla, principalmente; muchos, consejeros del alto Tribunal del Santo Oficio, y otros grandes inquisidores y Virreyes de las Indias.

Se unieron a esta familia, entre otras muy ilustres, las de Omazur, los asturianos Valdés, los Dávila, los Lasso de la Vega, los Orbaneja, uno de cuyos miembros, don Gutierre, tomó parte en la conquista de Jerez con Don Alonso el Sabio; los Fernández de Córdoba y los Villain.

Sobrado conocidos en España los citados apellidos, me detendré un momento en el último, de origen extranjero. Los Villain, de Flandes, se remontan a Hallo, Rey de Sajonia, muerto en el año 609. Su hijo Theodoro, Duque de la Sajonia Inferior, sostuvo grandes guerras con Carlos Martel. Su sucesor, Guarnefino, casó con Olde-rica de Rusia y murió en el año 758. Guisiberto, su hijo, se hizo cristiano y casó con Adla de

Frisia. Su hijo llamado Villain de Sajonia (año 862), casó con la nieta de Andeguiso, Rey de Frisia, dejando un nieto, Zegner, que tomó por apellido el nombre de su abuelo Villain y murió en Gante, en el año 930. A partir de esa fecha fueron vizcondes y castellanos de la ciudad de Gante, Señores de Staure y Bornehem desde el siglo x, de Temisse desde 1150, de San Juan de la Piedra (año 1286), de Marten (año 1420) y vizcondes de Delembecque.

Como hecho reciente de fidelidad en mi Casa, puedo citar que mi abuelo, don Francisco de Zuleta Reales, vertió su sangre y ganó la cruz de San Fernando en la guerra del Norte, siendo oficial de Artillería.

Por mi madre, pertenezco a la casa de Toreno descendientes de los antiguos Señores de Malleza, Dóriga y de las Casas de la Mariella, en Asturias. A los Malpica, los Téllez Girón, los Gayoso de los Cobos, los Alvarez de las Asturias Bohorques...

Conocidísimos son en la historia contemporánea los servicios del vizconde de Matarrosa, conde de Toreno, y los de su hijo mi abuelo materno.

Yo, Señor, llevado del ejemplo de tantos ilustres varones, sólo deseo hallar ocasión de servir a mi Patria y a mi Rey, y mostrar así mi agradecimiento a la Real munificencia de Vuestra Majestad, que me distingue en este día concediéndome la honra de cubrirme en su Real presencia.»

El del marqués de Ayerbe

«SEÑOR:

Debo la honra de cubrirme ante Vuestra Majestad a la cesión que me hizo mi padre, el conde de Santa Cruz de los Manueles, del título de marqués de Ayerbe, a la muerte de mi abuelo, en 1908.

Quisiera, Señor, poder ofrecer servicios propios que justifiquen este honor; pero, por mi edad, sólo me es posible invocar los que mis antecesores hicieron.

Reseñarlos, sería tarea larga que molestaría la atención de Vuestra Majestad, y así sólo diré que desde don Recaredo Jordán de Urries, que vino a España acompañando a Carlomagno, hasta don Pedro J. de Urries y Fombuena, marqués de Ayerbe, mayordomo mayor del Rey Don Fernando VII, que murió en defensa de su Patria y de la Monarquía, los Ayerbes siempre han sido leales servidores de la Patria y del Trono.

Estos son los ejemplos con que he de inspirar mi vida: servir a Vuestra Majestad, porque, al hacerlo, sé que me consagro al bien de mi Patria.»

SONATINA

¡El jardín silencioso,
de la fuente callada,
de los tranquilos saucos, siempre tristes,
de las blancas palomas solitarias,
de los hondos ensueños,
de la muerta pasión de la esperanza!

¡Dulce jardín de invierno!
Silueta de dolor tus hojas pálidas,
van rimando, en los surcos del camino,
la canción de las tardes solitarias;
de las tranquilas tardes
en que vuelan, fugaces, las bandadas
de las aves viajeras, que se alejan
en busca de otros cielos y otras playas.

Y es en aquellas tardes
en que el sol, en muriente llamarada,
haciendo va mas pálidas las hojas,
y más tristes las muertas esperanzas,
cuando cruza una sombra,
como las hojas y la tarde, pálida,
cerca del alma, y siento yo en mis ojos
¡el callado dolor de muchas lágrimas!

AURELIO DE MENDIZÁBAL Y G.^{RA} DE LA MORA

El del marqués de los Soidos

«SEÑOR:

Inapreciable es la honra que hoy me dispensa Vuestra Majestad al permitirme que por vez primera me cubra en su Real presencia como Grande de España, y mereciendo esta merced gracias a la memoria de los ilustres antepasados de mi esposa doña María Carlota Sánchez Pleytès y Ximénez, marquesa de los Soidos, cuya legal representación ostento en este solemne acto, he de permitirme, confiado en la habitual benevolencia de Vuestra Majestad, evocar el recuerdo de los más significados ascendientes en justificación del grande amor que por España y sus Reyes sintieron y sentimos en todo momento.

Fueron este título y Grandeza concedidos por el Rey Don Carlos III en 1.º de noviembre de 1895 a don Jerónimo Coathino Pacheco de Villena, por los méritos y servicios que se expresan en la Real Cédula de concesión, habiendo sucedido conforme a las seculares reglas del derecho vincular castellano, mi padre político don Francisco Sánchez-Pleytès e Hidalgo de Quintana y a la muerte de éste su hija única mi citada esposa.

Entre los ascendientes de ésta, se cuentan: don Martín Vázquez de Acuña, primer conde de Valencia, tronco de todos los Acuñas; Girones, Pachecos y Portocarreros de Espina; el maestro de Santiago don Juan Pacheco, primer duque de Escalona, marqués de Villena, conde de Xiquena; don Alfonso de Cárdenas, cuarenta y dos maestre de la misma Orden; don Pedro Alvarez Osorio, primer conde de Lemos; don Juan Portocarrero, primer marqués de Villanueva del Fresno; don Diego Ruiz de Aguayo, Señor de Alia, Castilblanco y Las Navas; don Pedro González de Mendoza, mayordomo mayor de Don Juan I; don Fernando de Barradas, Señor de Cortes de Graena; los condes de Alcaudete, los marqueses de la Rianzuela, los señores de Santiesteban del Puerto, Javalquinto y Frómista, de la Casa de Benavides; los Bazán de la Casa de Santa Cruz; los primeros condes de Cabra, los primeros duques del Infantado, condes del Real, marqueses de Santillana, los marqueses de Caicedo y otras muchas Casas de la Nobleza española, cuyos hechos me abstengo de enumerar porque se estudian en la historia gloriosa de nuestra Patria, y Vuestra Majestad, que la continúa, la conoce con mayor perfección que nadie.

Después de estas consideraciones, encaminadas a la justificación deseada, holgárame, Señor, de no fatigar más tiempo su Soberana atención; mas, de una parte la costumbre tradicional en estas solemnidades, y de otra, el respeto a la memoria de mis antepasados, me imponen el deber de bosquejar, aunque ligerísimamente, los orígenes de mi persona y estirpe, y en este sentir, he de citar como tronco de mis apellidos a las nobles y españolíssimas regiones de Castilla, Aragón y Guipúzcoa, en las cuales tuvieron asiento las solariegas Casas de mis ilustres antepasados, siendo fiel recopilación de ellas mis cuatro apellidos, con los cuales pude alcanzar la anhelada distinción de traer sobre mi pecho la veneranda cruz de la Inclita y Militar Orden del Santo Sepulcro, y que hoy, precisamente, ostento por vez primera ante la augusta presencia de Vuestra Majestad, en este para mí solemnisimo acto. Además, Señor, cábeme el honor de contar entre mis antepasados al primer marqués de Real Confianza, don José de Mais y Arcas, coronel de Milicias de Caballería, a quien S. M. el Rey Don Carlos III concedió dicho título de Castilla, en Indias, según cédula de 26 de diciembre de 1771, en mérito de relevantes servicios prestados a la Patria.

Con tantos ejemplos que imitar, con tanta munificencia de Vuestra Majestad que agradecer, cúpleme hacer notar que si bien hay quien me aventaje en preeminencias y virtudes, séame permitido no ceder a ninguno la primacía en ánimo resuelto y firme decisión, al poner mi persona al servicio de Vuestra Majestad, como igualmente lo hicieron mis antepasados en los gloriosos reinados del Rey Don Carlos III y de vuestra augusta abuela Su Majestad la Reina Doña Isabel II.»

NUESTROS COLABORADORES

LA ENFERMITA

A DIOS Leonardo... Ya era hora de que te viera... Pero, hombre, ¿dónde has estado metido...? Ni en el café, ni en el baile, ni en tu misma casa, me ha sido imposible encontrarte... ¿Te has marchado al desierto en pose de asceta?

—Nada de eso, Juanito—respondió Leonardo a su amigo, que encontraba en la calle después de unos meses de no verle—; nada de eso. Lo que ocurre es que ya no existe el Leonardo frívolo y escéptico de antaño; ha cambiado su yo diametralmente, hasta convertirse en persona, porque persona es pensar, sufrir, querer...

—O divertirse, gozar, reír...—concluyó Juanito.

—Me parece que esas tres cosas, aunque humanas, están muy por bajo de las otras, y, siempre, indiscutiblemente, son secundarias, porque para que haya diversiones y placeres es indudable que otros han tenido que pensar en inventarlos.

—Por tus palabras, amigo Leonardo, he podido deducir que tu novia no es extraña a tus nuevas teorías. ¿Me engaño?

—No; ella ha sido la causa de mi evolución... Está enferma...

—¿Qué tiene?

—Principios de tuberculosis...

—¡Atíza!... Pues, chico, ten mucho cuidado, si es que no has pensado en dejarla...

—¿Dejarla? ¡Nunca!... Si antes, sana, la quería, ahora, enferma, la idolatro. Y en cuanto a visitarla, estoy continuamente a su lado... No me importa el contagio; desprecio a los que dicen querer con ceguedad a una mujer, y, luego, ante el probable contagio, la huyen y abandonan, acelerando su fin.

—¡Hombre! Ponte en razón; yo te he dado este consejo, porque te quiero y habría de sufrir, si en caso de no ocurrir una desgracia, te casaras con ella, para ser desgraciado por toda la vida...

—Yo te lo agradezco; pero la quiero y ni el temor a ser presa de su microbio, ni el sufrimiento que tu me profetizas, me harán desviarme de la que tanto me quiere...

* * *

Ha transcurrido un año. Durante él, María Teresa, la novia enferma de Leonardo, ha tenido momentos de notable mejoría y crisis desesperadas... Está mejor, pero es preciso cumplir las órdenes del doctor: «Quietud, andar muy poco; nada de teatros ni reuniones, ya que el ambiente viciado por múltiples alientos le sería muy perjudicial...»

¡Está en casa, tumbada en una *chaise-longue*,

UN MEREcido FLOGIO

EN el Ateneo de San Sebastián ha dado una serie de interesantes conferencias sobre «El siglo XVIII en España» nuestro ilustre amigo y colaborador D. Luis Araujo Costa. Con este motivo, un periódico de aquella unidad publicó, antes de las disertaciones y a modo de presentación, las siguientes líneas, que nos complacemos en reproducir:

«Es Luis Araujo-Costa uno de los más ciertos, cultos y sensibles escritores españoles contemporáneos. Sin hipérbole ni injusticia, podríamos asegurar que ningún otro literato le aventaja como crítico literario.

Sus artículos de *La Epoca*—siempre fué el viejo diario conservador refugio de plumas doctas y exquisitas—le han revelado como el heredero legítimo de los más preclaros críticos de antaño, singularmente de don Juan Valera.

Experto conocedor de las Humanidades, erudito y artista, no tiene la donosura un poco agria de «Clarín», pero posee la elegancia de léxico peculiar del autor de *Pepita Jiménez*. El ámbito, selecto pero reducido, en que se mueve

especial para la enfermedad, con el balcón abierto, oyendo el bullicio de la gente que va al paseo y las frescas risas juveniles...! ¡Oye la vida mientras piensa en la muerte!

Leonardo la lee, en tanto, libros que no la interesan...

—Déjalo ya—le dice la enfermita.—No leas más. Tienes que cansarte...

El lo deja. En efecto, se cansa, pero no de leer, sino de la vida monótona en que se desenvuelve... ¡Todo el día con ella!... Sin saber qué decirle ya, pues todo se lo ha dicho, ha buscado suplente a su verbosidad, en los libros... ¡Todo el día con ella! Sólo cuando fuma la abandona unos instantes, por no convenirla el humo del cigarro... ¡Ya se cansa...! El no creía tan larga y aburrida la enfermedad. Y piensa que si de nuevo encontrase a su amigo no le diría con firmeza: «¡Dejarla, nunca!» Estaba seguro de decirle: «No, dejarla, no; sufriría ella mucho» Ya no sería el amor quien dictase sus palabras, sino la lástima, la conmiseración...

Despidióse de María Teresa y salió hacia su casa. Después de comer, desechando escrúpulos, fué al café. Su presencia fué acogida con bromas y saludos estentóreos de los amigos. Uno dijo:

—¡Bravo! Nuestra tertulia se honra de nuevo con la presencia de Leonardo; la oveja descarriada vuelve al redil que en un momento de ofuscación abandonó.

Leonardo saludó; un rictus de su boca quiso ser sonrisa, y sentándose dijo:

—Tienes razón; vuelvo al redil... Quise desenvolverme solo y ya me considero impotente: me aburro. Mi novia está igual; ni peor ni mejor.

—¡Claro!—exclamó el que antes hablara.—Es una enfermedad tan monótona y tan difícil de curar... ¡Qué pocos son los que logran sustraerse a sus garras!...

—El médico, sin embargo, ha empeñado su palabra en curarla...

—Por animarla, sin duda; pero ¡es tan difícil eso!... Y ahora, mi enhorabuena por haberlo comprendido a tiempo, porque supongo que...

—No, no; yo la quiero; lo que me ocurre es que me aburro a su lado. ¡Siempre juntos! ¡Siempre tristes! ¡Casi siempre callados!...

—Nada, nada—dijo otro—; se impone el abandono...

—¿Tú crees que ella lo resistiría...? Yo te aseguro que no...

—Es que no es necesario decirle que la abandonas... Tú tienes familia en Londres, ¿verdad?

—Sí...

—Pues te vas a Londres una larga temporada y la olvidas y te olvida.

Todos coincidieron en hallar excelente la idea.

* * *

María Teresa lloró mucho la ausencia de Leonardo, que habíala asegurado que su partida era

motivada exclusivamente por la llamada de un hermano de su padre, que deseaba conocerle.

Pero a pesar de la verosimilitud de estas palabras, ella sufrió mucho al escuchárselas...

Después, durante la ausencia del amado, ella hizo lo posible por su salud, en la esperanza de que él, al regreso, la encontrase buena, sana...

Las amigas decíanla que la marcha de Leonardo no debía preocuparla, ya que él—aseguraban—marchó, no por su familia como dijo, sino para resarcirse, divirtiéndose lejos de ella, de los ratos de monotonía que ella le proporcionó.

Daban crédito a estas palabras las cartas que de él recibía María Teresa, aplazando indefinidamente el regreso.

—Casi estoy por creer que tenéis razón—gemía a sus amigas, desesperanzada.

—Como que es así;—decíale una de ellas—yo estoy segura de que si le escribes diciéndole lo buena que estás, se presenta acto seguido...

—Yo no puedo notificárselo, para sorprenderle...

—Y, claro; él te cree lo mismo que cuando te abandonó y viendo en perspectiva una nueva esclavitud, prefiere no verte...

—¡Tenéis razón!... No me ama...

—Claro, hijita... Si te amase se sacrificaría, ya que en la fórmula del amor entra una gran dosis de sacrificio. El te prefiere buena, para lucirte y lucirse en los paseos y en los teatros; y, como adorándote en casa, no lo puede conseguir...

—¡Es verdad!—exclamó María Teresa, mientras sus ojos despedían fuego de odio.

No he de pudirme en casa, mientras él se divierte en Londres.

Y María Teresa tuvo un novio...

Leonardo, enterado por las cartas que de Juanito recibiera, notificándole la mejoría visible de ella y su noviazgo, aprestose a regresar, para pedirle explicaciones y tirarle a la cara su buen comportamiento durante el principio de la enfermedad...

¡Recoletos!... En esa vía madrileñísima y aristocrática—no es siempre madrileñismo sinónimo de plebeyez—la encontró Leonardo. Iba ella con su novio. Quedó cortado. Quiso pedirle explicaciones, hasta tuvo impulsos de abofetearle, pero se contuvo; comprendió su proceder canalla y sólo tuvo valor para quitarse el sombrero, saludando y derrotado, por la triunfadora...

Al saludo de él, correspondió ella con una sonrisa afable, coqueta, como si el que la saludase fuera un amigo de casa... o un pobre que inspira lástima...

ANGEL CARVAJAL

La Epoca, ha sido causa de que la firma de Araujo-Costa no haya logrado la merecida difusión. Bien es verdad que tampoco él debe desear la popularidad. Su fortuna personal, que le aleja del mercantilismo literario, su gusto depurado y sus aficiones de investigador le colocan, más bien, en el rango de los «dilettanti» de la literatura.

No se entienda, porque califiquemos de crítico literario a Araujo-Costa, que sus escritos son, como acontece con los de menguados Aristarcos al uso, livianas gacetillas, amplificadas des-

LA VILLA MOURISCOT

— CASA BALDUQUE —

Bombones selectos—Marrons

Glacees—Caramelos finos.

Cajas para Bodas

SALON DE TE

Serrano, 28

mesuradamente. No; en él alienta un historiador literario de tanto brio y tanta médula como pudo serlo Navarro Ledesma, aquel maravilloso escritor, tempranamente arrébatado a las Letras.

Con estos antecedentes, que recordamos muy a la ligera, se puede calcular, mucho más conociendo el tema de sus conferencias, lo que han de ser sus disertaciones. La literatura del siglo XVIII, sobre la que ha de hablar Araujo-Costa, no fué, ciertamente, rival de la del Siglo de Oro, sino una literatura refleja, demasiado academicista, más atenta a la dictadura libérrica de Boileau que a la rica solera de nuestros clásicos. Por eso mismo fué más pulida, más atildada, más pródiga en bellezas de forma que la de quienes, como Lope o Calderón, se dejaban arrastrar por la luminosidad de su propio verbo, y arrebatado por su inspiración caótica a las veces.

Araujo-Costa, que es también academicista, será el mejor glosador del siglo XVIII. Aportará a la exégesis su buen sentido criticista, su rara erudición y la innata elegancia de su palabra. Es, pues, seguro que su conferencia constituirá un gratísimo recreo espiritual para los devotos de las Letras, y una admirable enseñanza para los profanos.